



Documentos de formación de la
sección española de la IV Internacional

3

¿Qué es...
el socialismo?

¿Qué es el socialismo?

“Nuestra tarea es generalizar la experiencia revolucionaria de la clase obrera”

(Manifiesto del I Congreso de la Internacional Comunista en 1919)

“Hace setenta y dos años, el Partido Comunista presentó al mundo su programa bajo la forma de un Manifiesto escrito por los más grandes profetas de la revolución proletaria, Karl Marx y Friedrich Engels. Ya en aquella época, apenas entrado en batalla, el comunismo era agobiado por las persecuciones, las mentiras, el odio de las clases poseedoras que presentían con razón en él a su enemigo mortal. Durante estos tres cuartos de siglo el desarrollo del comunismo ha seguido complejos caminos, conociendo alternativamente las tempestades del entusiasmo y los periodos de desmoralización, los éxitos y los fracasos. Pero, en lo fundamental, el movimiento ha seguido el camino trazado por el Manifiesto del Partido Comunista. La hora de la lucha final y decisiva ha llegado más tarde de lo que esperaban los apóstoles de la revolución social. Pero ha llegado.

Nosotros, comunistas, representantes del proletariado revolucionario de los diferentes países de Europa, de América y de Asia, reunidos en Moscú, capital de la Rusia soviética, nos sentimos los herederos y los continuadores de la obra cuyo programa se anunció hace setenta y dos años. Nuestra tarea es generalizar la experiencia revolucionaria de la clase obrera.”

Así comienza el *Manifiesto de la Internacional Comunista a los proletarios de todo el mundo*, adoptado en el I Congreso de la Internacional Comunista, en marzo de 1919.

Este primer congreso fundador de la III Internacional se celebra tras la revolución de Octubre de 1917 que llevó a los sóviets al poder. Acababa de producirse la primera revolución proletaria victoriosa de la historia de la humanidad. Inaugura una nueva situación y llama a toda la humanidad a acabar con el régimen capitalista.

Como señala el *Manifiesto de la Internacional Comunista*, es la confirmación del *Manifiesto* de 1848, la continuidad del marxismo y de la conclusión que en 1916, en plena guerra imperialista, Lenin sacaba en su análisis del imperialismo “fase superior del capitalismo”: es la “*época de las guerras y de las revoluciones*”.

León Trotsky señala a propósito de esto: “*La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan finalmente un punto en el que se vuelven incompatibles con su envoltorio capitalista. Este envoltorio estalla. Se anuncia el fin de la propiedad privada (...). Para Marx, el problema de la reconstrucción de la sociedad no surgía de prescripción alguna motivada por sus preferencias personales: era el resultado de una necesidad histórica inexorable, por un lado del crecimiento de las fuerzas productivas hasta su plena madurez, por otro lado de la imposibilidad de desarrollar más estas fuerzas productivas bajo el imperio de la ley del valor(...). Es evidente que Marx no quiso decir nunca que el socialismo se realizaría sin la intervención de la voluntad y la acción del hombre*”. (*El marxismo y nuestra época*).

Al contrario, Marx explicó en numerosas ocasiones que el socialismo no se establecerá como un desarrollo lineal de la historia, o como una prolongación “natural” del capitalismo. La burguesía no acepta ceder su sitio. Sería por lo tanto falso ver en el tránsito del capitalismo al socialismo un movimiento fatal de la historia tal y como lo explica Engels en *Socialismo utópico y socialismo científico*: “La contradicción entre producción social y apropiación capitalista se manifiesta como el antagonismo entre el proletariado y la burguesía”.

Toda lucha de clases es una lucha política

El proletariado es una clase social diferente a las que la han precedido.

Tiene como única propiedad su fuerza de trabajo que está obligado a vender a la burguesía. Bajo el régimen capitalista, la fuerza de trabajo proletaria es una mercancía. Al exigir hombres “libres” (a diferencia de los modos de producción precedentes) la burguesía interpreta “libres... para vender su fuerza de trabajo”, pero también “libres” de cualquier medio de producción”. Al liberar al hombre de la servidumbre, la burguesía le arrancó todo lazo directo con los medios de producción, que pasaron a ser propiedad exclusiva de la clase capitalista. El proletario, en la sociedad capitalista, no posee nada más que su fuerza de trabajo.

Si la burguesía, apoyándose sobre la economía mercantil, pudo establecer las bases constitutivas del capitalismo en el marco de las sociedades feudales, y después derrocarlas para asegurar en su beneficio el desarrollo de la producción capitalista, el proletariado no dispone de ninguna posibilidad de este tipo.

“Todas las clases que en el pasado conquistaron el poder procuraron consolidar las posiciones adquiridas sometiendo a la sociedad a las condiciones que les aseguraran sus propios ingresos. Los proletarios sólo pueden apropiarse de las fuerzas productivas sociales aboliendo su propio modo de apropiación actual, y con él todo el modo de apropiación en vigor hasta nuestros días. Los proletarios no tienen nada propio que salvaguardar (...).”(Manifiesto del Partido comunista).

La burguesía está obligada a hacer su revolución para liberarse de las estructuras feudales, que son un obstáculo a su desarrollo y a la instauración del modo de producción capitalista. El proletariado no tiene que instaurar un nuevo modo de explotación. Al derrotar a la burguesía, clase dominante, se niega a sí mismo como clase explotada y oprimida. Es la famosa negación de la negación; el proletariado es la negación de la burguesía, y al derrocarla la niega y se niega a sí mismo como proletariado, como explotado. El proletariado abre así el camino al final de la sociedad dividida en clases. Evidentemente, esto es sólo posible a través de un proceso transitorio que desarrolle las fuerzas productivas, conduciendo del capitalismo al comunismo. Volveremos sobre esto.

El proletariado, para transformarse de “clase en sí” (un estado de hecho, de proletarios atomizados, de individuos) en “clase para sí” (constituirse en clase sobre la base de sus intereses colectivos, opuestos a los de la burguesía) no dispone más que de un medio: **la organización**. Ésta se constituye históricamente sobre dos planos distintos pero relacionados entre sí: el sindicato y la organización política. (ver folleto n.º 4)

Por esta razón Marx y Engels escriben en el *Manifiesto*: “toda lucha de clases es una lucha política (...) para la organización del proletariado en clase y por lo tanto en partido político (...)”. A esta tarea de organización independiente del proletariado se lanzan Marx y Engels con la publicación del Manifiesto del Partido Comunista en 1848, que formula los principios del comunismo. El proletariado no dispone de ningún apoyo salvo la organización dentro de la sociedad burguesa; a diferencia de la burguesía que, convertida en clase económica dominante, debía dominar también políticamente para desarrollar la economía capitalista, el proletariado sólo tiene un camino para abolir el modo de producción capitalista; es la conquista del poder político. Es la instauración del poder político proletario, que abre una época de transformación de la economía mediante “la expropiación de los expropiadores” (Marx).

“El objetivo inmediato de los comunistas (...): constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado.”(Manifiesto del Partido Comunista).

Esta cuestión es fundamental y ha estado en el centro de toda la historia del movimiento obrero organizado, de sus victorias y de sus derrotas, de sus errores y de sus fracasos, de sus avances y de sus traiciones. En el corazón del marxismo está por lo tanto la toma del poder y, en consecuencia, la actitud de los revolucionarios respecto del estado.

El estado y la revolución proletaria

El estado es en efecto el primer obstáculo con el cual tropieza la clase obrera en el movimiento por su emancipación, y también en su lucha cotidiana por la defensa de sus reivindicaciones. Pero es también el último obstáculo al que se enfrenta el movimiento revolucionario del proletariado, en el momento en que el derrocamiento de la clase capitalista sitúa como una cuestión inmediata *el poder del Estado*.

Habíamos visto que el estado nacía de la división de la sociedad en clases sociales distintas. Corolario de ello es el desarme general de la población y la creación de un cuerpo especial, encargado de mantener el orden, es decir, de defender los intereses de la clase dominante (son los “cuerpos armados”)

Desde su aparición, la división de la sociedad en clases engendra la lucha de clases, porque en toda sociedad de clases los intereses de los explotadores y de los explotados son contradictorios. Este antagonismo de clases hace necesario que la clase dominante recurra al estado. El estado no es una estructura técnico-administrativa neutral, es el estado de la clase dominante (*folleto n° 1*). En la fase del modo de producción capitalista, el estado es el de la clase burguesa. Es el **estado burgués**.

“La lucha de la clase oprimida contra la clase dominante se vuelve necesariamente una lucha política, una lucha emprendida en primer lugar contra la dominación política de esta clase”. (Engels, *L Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*.)

En estas condiciones la lucha que enfrenta el proletariado a la burguesía es la lucha del proletario contra el estado burgués.

Y Lenin, en su obra *El Estado y la Revolución*, subraya: *“El estado es el producto y la manifestación del hecho de que las contradicciones de clase son irreconciliables. El estado surge en el momento y en la medida en que, objetivamente, las contradicciones no pueden ser conciliadas. E, inversamente, la existencia del estado prueba que las contradicciones de clase son inconciliables”.*

Los intereses de la burguesía y del proletariado son pues *“inconciliables”*. No puede haber *“conciliación”* con el estado burgués.

Para el marxismo el estado es el estado de la clase dominante. El estado burgués es en cualquier circunstancia **el instrumento de la dictadura de la clase capitalista** sobre el trabajo asalariado. El capital, recordémoslo, es una *“relación social”*, es decir, que determina las relaciones que los hombres mantienen en el marco de la producción (por un lado los que poseen los medios de producción, por otro lado los que poseen su fuerza de trabajo).

La dictadura del capital (mantener a cualquier precio estas relaciones) puede expresarse, según sus necesidades, en la democracia parlamentaria, en el fascismo o en las formas intermedias como el bonapartismo. Es cierto que la forma de dominación política burguesa no es indiferente al proletariado, al contrario, las condiciones de su combate no son las mismas; pero a través de las distintas formas de la dominación política burguesa, el estado garantiza siempre la dictadura de la burguesía sobre el proletariado.

Es por lo que, en oposición a la dictadura de la burguesía el marxismo formula el concepto de *“dictadura del proletariado”*. No se trata evidentemente de la forma política de una dictadura en el sentido de un régimen autoritario. Se trata del establecimiento de un poder proletario que debe revolucionar de arriba abajo la vieja sociedad burguesa. Engels, tras la Comuna de 1871, dirá que ésta representaba la forma finalmente encontrada de la dictadura proletaria.

Marx señala la importancia del hecho de que la lucha del proletariado desemboque en la conquista del poder político.

“En cuanto a mí no me corresponde el mérito de haber descubierto la existencia de clases en la sociedad moderna y tampoco de las luchas que libran. Los historiadores burgueses habían expuesto antes que yo la evolución histórica de la lucha de clases y los economistas burgueses habían descrito la anatomía económica.

Mi originalidad ha consistido:

en demostrar que la existencia de clases no está ligada más que a fases históricas determinadas del desarrollo de la producción;

que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado;

que esta dictadura no representa más que una transición hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases.” (Carta a Weydemeyer, marzo de 1852 Correspondencia, tomo 3).

Limitar el marxismo a la lucha de clases es no sólo mutilarlo y deformarlo, sino pretender hacerlo aceptable para la burguesía.

“Sólo es un marxista el que extiende el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la dictadura del proletariado”. (Lenin, *El Estado y la Revolución*)¹. La lucha por la destrucción del estado burgués y la conquista del poder por el proletariado es pues una cuestión decisiva para el marxismo.

Vamos pues a definir a continuación en este folleto qué es el estado burgués (y también el estado obrero, esa transición de la que habla Marx) en relación con la constitución del proletariado en “clase para sí” a través de la I, II y III Internacional y su actitud respecto del estado burgués.

El combate de Marx y Engels por la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT)

Hemos visto (*folleto n° 1*) que, lejos de la imagen de Epinal de dos intelectuales elaborando “desde un despacho” un sistema de pensamiento, Marx y Engels desde mediados de los años 1840, estaban comprometidos en la construcción de organizaciones obreras. La elaboración del *Manifiesto*, en 1847-1848, aspira a organizar a los obreros de forma independiente, a arrancarlos de la influencia del socialismo pequeñoburgués. Desde este punto de vista, la revolución de 1848 va a suponer un giro en todos los países de Europa. En Francia, tras la primera revolución en la que burguesía y proletariado derrocaron a la monarquía, en la segunda fase el proletariado se levantará por sus reivindicaciones, y la burguesía lo aplastará en sangre. 1848 marca el giro en el que se expresarán los intereses irreconciliables de la burguesía y del proletariado, y la naturaleza de clase del estado.

Hasta entonces, en las irrupciones revolucionarias como en 1830 en Francia, el proletariado no combatía por sus propios objetivos; incluso si hacía oír su voz, servía de “ariete” a los republicanos burgueses. El giro que se opera en 1848 fortalece a Marx y Engels en la convicción de que es preciso separar al proletariado del bando republicano burgués, que quiere subordinar la lucha de los obreros a los marcos “democráticos” del estado. De esta forma, miembros de la Liga de los Justos (cuyo mismo nombre expresa la confusión política), Marx y Engels van a hacer adoptar el *Manifiesto* a esta organización que se transforma en Liga de los Comunistas.

Con el fin de favorecer la organización proletaria independiente, Marx y Engels trabajan en este periodo en reunir a todos los grupos obreros de diversos orígenes. Desde 1830, especialmente en relación con el desarrollo del proletariado -producto del desarrollo industrial-, se constituyen grupos sindicales y políticos en Europa.

Ya en 1846 Marx había propuesto al anarquista Proudhon, constituir “comités de correspondencia comunista que se dedicarían a poner en contacto a los socialistas alemanes, franceses e ingleses con el fin de mantenerlos al corriente de los progresos del socialismo en cada país”. Proudhon no aceptó. Marx y Engels siguieron sus esfuerzos de reagrupamiento.

En el Manifiesto del Partido Comunista precisan: “¿Cual es la posición de los comunistas en relación al conjunto de los proletarios? Los comunistas no forman un partido distinto opuesto a los otros partidos obreros. No tiene ningún en modo alguno intereses que los separen del conjunto del proletariado. (...)”

Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos obreros en dos puntos. Por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, ponen por delante y hacen valer los intereses independientes de la nacionalidad y comunes a todo el proletariado. Por otra parte, en las diferentes fases de desarrollo que atraviesa la lucha entre proletarios y burgueses, representan siempre los intereses del movimiento en su totalidad”.

1.- Recordemos que el partido fundado por Federico Engels, el Partido socialdemócrata de Alemania, renunció en 1959 a la dictadura del proletariado que figuraba todavía en su programa (congreso de Bad Godesberg); que el PCF lo hizo en 1979 y que la LCR renunció en 1989. Evidentemente, para todos ellos se trataba de una renuncia formal, ya que en la práctica era así desde hacía mucho tiempo. Pero el hecho de votarlo explícitamente tiene un significado político.

Con esta orientación Marx y Engels van a contribuir a reunir en un mitin en Londres a grupos sindicales ingleses, comunistas alemanes, socialistas franceses, bakuninistas (seguidores de Bakunin un dirigente anarquista), proudonianos, grupos, que en la sala Saint-Martin Hall, proclamaron la Asociación Internacional de los Trabajadores, la I Internacional obrera, el 28 de septiembre de 1864.

Engels escribe sobre este tema: “*Cuando la clase obrera europea hubo recobrado fuerzas suficientes para un nuevo asalto contra la potencia de las clases dominantes, nació la Asociación Internacional de los Trabajadores. Tenía por objetivo fundir en un inmenso y único ejército a toda la clase obrera de Europa y de América capaz de entrar en lucha. Por lo que no podía partir directamente de los principios plasmados en el Manifiesto. Precisaba un programa que no cerrara la puerta a las trade unions inglesas, a los proudonianos franceses, belgas, italianos y españoles ni a los lasallianos alemanes. Este programa –el preámbulo de los Estatutos de la Internacional– fue redactado por Marx con una maestría a la que Bakunin y los anarquistas mismos rindieron homenaje.*

Para la victoria definitiva de las propuestas enunciadas en el Manifiesto, Marx contaba únicamente con el desarrollo intelectual de la clase obrera, que debía resultar de la acción y de la discusión comunes. Los acontecimientos y las vicisitudes de la lucha contra el capital, las derrotas mas aún que los éxitos, no podían dejar de hacer sentir a los combatientes la insuficiencia de todas su panaceas y llevarles a comprender a fondo las verdaderas condiciones de la emancipación obrera”. (Prefacio a la edición alemana del *Manifiesto* en 1890).

Para Marx y Engels no se trata de exigir la adhesión de todas esas corrientes al *Manifiesto del Partido Comunista*, sino de crear las bases de un acuerdo sobre una línea de independencia del proletariado. Es por lo que el *Llamamiento Inaugural* del que habla Engels afirma: “*La conquista del poder político se ha convertido en el primer deber del proletariado (...), tiene el número, pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber. (...) Impulsados por este pensamiento los trabajadores reunidos en un mitin público en Saint-Martin Hall han decidido fundar la Asociación Internacional de los Trabajadores”.*

Fieles a la estrategia del *Manifiesto* no pretenden sólo constituir una corriente dentro de la Internacional sino también expresar los intereses generales del proletariado intentando unificar a todas las fuerzas obreras; de ahí la importancia de la discusión libre y democrática en el seno del “consejo general” del AIT que reagrupa a todas las corrientes.

Prueba de ello es la colaboración con Bakunin y los anarquistas contra las corrientes pequeñoburguesas, para defender juntos la perspectiva de la revolución social. Esta acción común –por ejemplo el combate común de Marx y Bakunin contra Mazzini, un socialista pequeñoburgués– no impide el debate sobre si es necesario abolir el estado como preconizan los anarquistas, o bien constituir un estado obrero como proponen los marxistas.

En 1869 estalla el conflicto con Bakunin. No son sus anteriores posiciones divergentes con los marxistas las que están en cuestión, sino el hecho de que constituye con el mismo Mazzini, al que ha combatido hasta ahora con el apoyo de Marx, una Liga por la Paz, agrupamiento de colaboración de clases que iba a conducirlo, durante la guerra de 1870, a apoyar a la burguesía francesa contra Prusia.

Tampoco se trata de un conflicto de personalidades, sino de una cuestión de orientación (la actitud respecto del estado burgués) en un periodo marcado por una agravación de las contradicciones políticas y sociales en Europa. En el caso de Bakunin, la denuncia de un “autoritarismo” de Marx oculta en realidad su oposición a la lucha para poner en el centro del combate de clase la lucha por la toma del poder político por el proletariado. Por ello se pronuncia contra cualquier reforzamiento de la AIT, cuya plataforma plantea precisamente la cuestión del poder de estado. La derrota de la Comuna de París en 1871 supondrá la sentencia de muerte de la AIT, que será formalmente disuelta en Filadelfia en 1876.

No es, pues, casualidad que los enfrentamientos en el seno de la I Internacional hayan pivotado sobre la cuestión de la actitud de unos y otros respecto del estado.

Las enseñanzas de la Comuna de París: el estado burgués

Marx y Engels habían explicado ya que el estado es un organismo de dominación de una clase sobre otra. En *La guerra civil en Francia*, extrayendo para el proletariado mundial las lecciones de la lucha de los trabajadores parisinos en 1871, Marx escribe: “*La clase obrera*

no puede contentarse con tomar tal cual la máquina del estado y hacerla funcionar por su propia cuenta. Debe destruirla”.

El Estado no es “neutral” ni está por encima de la lucha de clases; al contrario, es el instrumento de la clase dominante (Marx definía al gobierno como “*el consejo de administración de los asuntos comunes de la burguesía*”). El estado burgués es pues lo que Marx llama “*la dictadura del capital*”, incluso bajo su forma más democrática, la democracia parlamentaria.

Es preciso por otro lado señalar que la “*democracia*” no es la forma “*natural*” del régimen burgués. Cuando la burguesía llega al poder en los siglos XVII y XVIII en Europa y América no instaura ni la democracia política ni el sufragio universal. Recordemos que en Francia después de 1789 se instaura una Asamblea en la que sólo votan los habitantes del sexo masculino que pagan una cierta suma de impuestos anualmente (es lo que se le llama sufragio censitario por el nombre de este impuesto: el censo).

En Inglaterra y en Holanda, la victoria de la burguesía sobre la nobleza desembocará en un compromiso con los grandes terratenientes de la nobleza, compromiso que se expresará en el mantenimiento del sistema monárquico hasta nuestros días (en Gran Bretaña existen dos Cámaras –la cámara baja y la cámara alta: la de los diputados y la de los lores, los nobles).

La conquista de los derechos democráticos (como la libertad de (no) creencia, la libertad de opinión o de prensa, el sufragio universal) en la mayor parte de los países de Europa no se efectuará hasta la segunda mitad del siglo XIX, o incluso hasta principios del siglo XX (habrá que esperar a 1945 para que las mujeres puedan votar en Francia).

Estos derechos han sido el producto de combates, especialmente los de la clase obrera. Las leyes relativas a la organización sindical en Francia datan formalmente de finales del siglo XIX, pero el combate por el pleno reconocimiento del derecho sindical será más largo.

Obligada a conceder un cierto número de derechos democráticos y el sufragio universal, la burguesía lo utiliza enseguida para la preservación de sus intereses de clase. El sufragio universal, por ejemplo, no es sino una expresión deformada de las clases presentes, en tanto que la burguesía dispone de los medios organizados de la sociedad y el estado sigue siendo el de la clase dominante.

La “*democracia parlamentaria*” ha sido también el marco para integrar a los jefes del movimiento obrero a la política de la burguesía en nombre del “interés nacional” o de “la defensa de la República”. Pero según cómo aprecie su propia crisis de dominación en ciertos momentos, la burguesía puede recurrir a otras formas de dominación política. En *El 18 brumario de Luis Bonaparte*² Marx analiza una de esas formas: el bonapartismo.

Tras la caída de la monarquía en febrero de 1848, y el aplastamiento de los obreros en junio, la burguesía en crisis busca su salvador en la figura de Luis Bonaparte, que se convierte en presidente de la República el 2 de diciembre de 1848 y que, el 2 de diciembre de 1851, destruirá esta República mediante un golpe de estado, instaurando una dictadura bajo el nombre de Napoleón III. Marx escribe: “*Es el estado que parece solamente haber vuelto a su forma primitiva a la simple dominación insolente del sable y del hisopo.*”

Régimen fundado pues sobre el aparato policiaco-militar, acompañado de una cierta demagogia social (“contra la miseria”) y la integración de las organizaciones obreras al aparato de estado, el régimen bonapartista es el producto de una crisis del estado burgués en la cual la burguesía va a buscar, en el seno de este aparato de estado y en general en el aparato policiaco-militar, un “sable”, un “salvador” que le permita restablecer el orden y ejercer su poder de clase.

El “golpe de estado frío” de De Gaulle en 1958 (lo que Mitterrand denunció en su día como “*golpe de estado permanente*”) y la instauración de la V República representan igualmente la instauración de un régimen bonapartista.

No es el propósito de este folleto abordar de nuevo las condiciones que han hecho de la V República un régimen bonapartista bastardo; remitimos al lector al folleto titulado “El siglo XX en 20 capítulos” (*Le XXe siècle en 20 chapitres*).

2.- Marx, haciendo referencia al “18 Brumario” habla de Napoleón I. En 1799 la burguesía francesa está en crisis, atenuado entre la reacción monárquica y el movimiento de las masas populares. Sieyès, miembro del Directorio que dirige Francia, declara: “Busco un sable”, y lo encuentra en la persona de Bonaparte que, el 18 Brumario (9 de noviembre de 1799), da el golpe de estado que lo lleva al poder.

Llegada a la fase imperialista (o sea suprema, última) de su desarrollo, tras la victoria de Octubre de 1917 y con la crisis de 1929 –crisis del capitalismo mismo–, la descomposición del estado es tal en ciertos países que no es en su seno donde la burguesía puede encontrar un salvador. La crisis general de la burguesía hace que se abandone a las soluciones extremas: el fascismo.

Si el bonapartismo surge del aparato de estado burgués, el fascismo implica, frente a la crisis del estado, la búsqueda del “salvador” fuera del aparato de estado. Este fue el caso de Mussolini en Italia y Hitler en Alemania, jefes de pequeños partidos fascistas que, sostenidos por fracciones de la burguesía contra la revolución amenazante, organizan a miles de pequeñoburgueses arruinados por la crisis, de desclasados, de soldados profesionales desmovilizados, de *lumpen*, como un “ariete” contra la clase obrera. Más allá de la demagogia social, el fascismo es una de las formas de dominación de clase de la burguesía en caso de crisis mayor.

En 1933, el llamamiento público de los más grandes patronos alemanes dirigido al presidente de la República de Weimar para que designe a Hitler como canciller, no hace sino expresar esta realidad: se necesitan soluciones extremas para aplastar a la clase obrera. La marcha hacia la guerra hará que la industria alemana vuelva a funcionar a pleno rendimiento, con una subida de la tasa media de beneficio, debida a la liquidación de los sindicatos por Hitler y a la militarización de la sociedad.

La guerra en nombre del “espacio vital” según Hitler, no era otra cosa que un intento de la burguesía imperialista alemana de abrirse nuevos mercados y para sus mercancías y capitales y situarse en un lugar dominante a escala mundial, mediante la conquista de Europa y la liquidación de los imperialismo europeos competidores.

El fascismo, como el bonapartismo, como la democracia parlamentaria no son sino formas diferentes de la “dictadura del capital” en función de las necesidades nacidas de la lucha de clases.

Evidentemente, los marxistas han considerado siempre que desde el punto de vista de los trabajadores, la forma de dominación burguesa no es indiferente. La existencia de sindicatos, de partidos, de libertades democráticas y de prensa, es a la vez el producto de la lucha de la clase obrera y una palanca en su combate contra la burguesía y por el socialismo.

A la inversa, la instauración de un régimen bonapartista o fascista significa la integración-disolución de las organizaciones, la prohibición de los partidos y la detención de sus militantes, la supresión de las libertades públicas, una sobreexplotación de los trabajadores a cuenta del beneficio capitalista.

Es por lo que Marx y Engels, y más tarde Lenin y Trotsky, prestaron siempre una gran atención al combate por la democracia política en la perspectiva del socialismo.

Las enseñanzas de la Comuna de París: el estado obrero

Veinte años después de la Comuna de París, Engels demostraba la superioridad democrática de un gobierno obrero sobre la “*democracia burguesa*”:

“El 26 de marzo la Comuna fue elegida; el 28 fue proclamada; el Comité Central de la guardia nacional que, hasta entonces, había ejercido el poder, lo puso en manos de la Comuna después de haber abolido por decreto la escandalosa ‘policía de las costumbres’ de París. El 30, la Comuna suprimió servicio militar obligatorio y el ejército permanente y proclamó la guardia nacional, de la que todos los ciudadanos útiles debían formar parte, como única fuerza armada; aplazó hasta abril todos los alquileres de octubre de 1870, (...) y suspendió la venta de todos los objetos empeñados en el monte de piedad municipal. El mismo día, los extranjeros elegidos en la Comuna fueron confirmados en sus funciones porque ‘la bandera de la Comuna es la bandera de la República universal’. El 1 de abril se decidió que la remuneración más elevada de un empleado de la Comuna, y por lo tanto de sus miembros, no podría superar los 6.000 francos. Al día siguiente se decretó la separación de la Iglesia y el Estado y la supresión del presupuesto para el culto, al igual que la transformación de todos los bienes eclesiásticos en propiedad nacional: en consecuencia el 8 de abril se ordenó desterrar de las escuelas todos los símbolos, imágenes, oraciones, dogmas religiosos, en resumen ‘todo lo que concierne a la conciencia individual de cada cual’, orden que se llevó a cabo poco a poco.”

La Comuna debió reconocer de entrada que la clase obrera, una vez en el poder, no podía continuar sirviéndose del antiguo aparato de estado; para no perder de nuevo el dominio que apenas acababa de conquistar, esta clase obrera debía, por una parte, eliminar el viejo aparato represivo hasta entonces empleado contra ella misma, pero, por otra parte, tomar precauciones contra sus propios mandatarios y funcionarios, proclamándolos revocables en todo momento y sin excepción.

Para evitar esta transformación, inevitable en todos los regímenes anteriores, del estado y de los órganos del estado, en su origen servidores de la sociedad, en amos de ésta, la Comuna empleó dos medios infalibles. Primero, sometió todos los puestos de la administración, de la justicia y de la enseñanza a la elección de los interesados por elección mediante sufragio universal y, evidentemente, revocables en todo momento por esos mismos interesados.

Y, en segundo lugar, retribuyó todos los servicios, de los más bajos a los más elevados, con el salario que percibían los demás obreros. La remuneración más alta que se pagaba era de 6.000 francos. Así se ponía coto a las prebendas y al arribismo, sin hablar de la decisión suplementaria de imponer mandatos imperativos a los delegados en los cuerpos representativos.

*El filisteo socialdemócrata ha sido presa recientemente de un terror saludable al oír pronunciar las palabras ‘dictadura del proletariado’. Y bien señores ¿quieren ustedes saber a qué se parece esta dictadura? Mirad la Comuna de París. Era la dictadura del proletariado”. (Prefacio del 18 de marzo de 1891 a la reedición de *La guerra civil en Francia*, de K Marx).*

Se puede constatar en estas bellas líneas de Engels que la dictadura del proletariado no es una dictadura en el sentido común del término, sino la expresión más avanzada de la democracia, es decir, en este caso de la democracia obrera. Es la república obrera contra la república burguesa. Sólo la revolución rusa se atrevió, como la Comuna, a tomar semejantes medidas en tan pocos días.

Por eso Engels dirá que *“la Comuna es la forma al fin encontrada de la dictadura del proletariado”*.

La cuestión de la actitud respecto del estado ocupó pues el centro de los debates de la I Internacional. Si el objetivo de los marxistas y de los anarquistas era el mismo, la instauración de la sociedad sin clases y sin estado, sus puntos de vista divergían en lo concerniente a los caminos a seguir para conseguirlo. Para Bakunin y sus amigos, era preciso destruir el estado burgués, abolir el estado e instaurar una sociedad libertaria constituida por asociaciones de productores libres. Para Marx, como indicaba la Comuna, la destrucción de la máquina de estado burguesa, abría una fase transitoria, (la del estado obrero, el socialismo) en la cual, sobre la base del desarrollo de las fuerzas productivas, se crearían las condiciones de la sociedad sin clases y sin estado (el comunismo). El estado obrero (Comuna de 1871, República de los soviets) es el estado de la dictadura proletaria.

En vísperas de la revolución de Octubre, Lenin volvía sobre esta cuestión: *“Así pues, la Comuna parecía haber reemplazado la maquinaria del estado destrozada instituyendo una democracia ‘simplemente’ más completa: supresión del ejército permanente, elegibilidad y revocabilidad de todos los funcionarios sin excepción. Ahora bien, en realidad este ‘simplemente’ representa una obra gigantesca: la sustitución de instituciones por otras diferentes en el fondo. Esto es justamente un caso de transformación de la cantidad en cualidad: realizada de forma tan plena y tan metódica como imaginarse pueda, la democracia burguesa se convertía en proletaria: el estado (poder especial destinado a reprimir a una clase determinada), se transforma en algo que no se puede llamar propiamente un estado.*

*Someter a la burguesía y quebrar su resistencia sigue siendo una necesidad. Esta necesidad se imponía particularmente a la Comuna y una de las causas de la derrota es que no lo llevo a cabo con suficiente resolución. Pero aquí el organismo de represión es la mayoría de la población y no la minoría, tal y como había sido siempre tanto en la época de la esclavitud como en la época de los siervos y de la esclavitud asalariada. Ahora bien, en el momento en el que es la mayoría del pueblo la que somete a sus opresores, ¿deja de ser necesario un poder especial represivo! Es en este sentido que el estado comienza a apagarse”. (Lenin, *El Estado y la Revolución*).*

El estado obrero es pues el primer estado que se asignaba a si mismo, a través de esa fase transitoria hacia el comunismo, el objetivo de su propia extinción. El estado obrero decae en relación con el desarrollo de la “riqueza social” de la sociedad.

Para Marx y Engels, el socialismo es lo contrario del “subjetivismo” que creía posible decretar “la abolición del estado” (anarquismo) y, al mismo tiempo, del “objetivismo” que veía en la desaparición del estado burgués un proceso automático y gradual (reformismo). Ambas posiciones omiten la cuestión clave del combate por la destrucción del estado burgués: la revolución proletaria.

Comparando la Revolución Francesa de 1789 y la Revolución Rusa de 1917, Trotsky subraya la profunda diferencia entre revolución burguesa y revolución proletaria:

“Las relaciones burguesas, una vez liberadas de las trabas feudales, se desarrollan automáticamente. Ninguna fuerza exterior puede pararlas: deben cavar ellas mismas su propia sepultura después de haber creado sus sepultureros. Es totalmente diferente en el caso del desarrollo de las relaciones socialistas. La revolución proletaria no solo emancipa las fuerzas productivas de las trabas de la propiedad privada, sino que pone igualmente a su disposición inmediata el estado que ha engendrado.

Mientras que, tras la revolución, el estado burgués se limita a un papel de policía, dejando el mercado a sus propias leyes, el estado obrero juega directamente el papel de patrón y de organizador (...). A diferencia del capitalismo, el socialismo no se edifica automáticamente, sino conscientemente (subrayado nuestro – NDR). La marcha hacia el socialismo es inseparable del poder estatal (...).” (Estado obrero, Termidor y bonapartismo, 1935).

Por esta razón el estado no puede ser “abolido” por el proletariado. Sólo se extinguirá cuando haya agotado su función de transición del capitalismo a la sociedad sin clases y sin estado. Y sólo puede jugar es papel mediante el trabajo consciente y organizado de la clase obrera a través de un partido revolucionario.

“Podemos también revisar página a página la historia de la Comuna y encontraremos una sola lección: hace falta una fuerte dirección de partido”. (Las lecciones de la Comuna, León Trotsky 1921).

El marxismo no fetichiza ninguna forma del desarrollo histórico, incluidas las de la Comuna o los soviets. La “dualidad de poder” que abre la crisis revolucionaria no desemboca natural y automáticamente en la conquista del poder político por el proletariado. Éste necesita poder apoyarse en un partido revolucionario que le ayude a superar los obstáculos en el camino de la “unión revolucionaria” de la clase obrera. Y precisamente por esa misma razón, el estado obrero y el partido revolucionario no deben confundirse. El estado obrero es la expresión de la marcha hacia la transición dirigida por el proletariado a través de sus consejos obreros. El partido revolucionario, en el plano que le corresponde, expresa “conscientemente el movimiento inconsciente de las masas”, incluso durante la fase transitoria.

Esta cuestión del partido, como habíamos visto estuvo en el centro del combate de Marx y Engels. La I Internacional, a pesar de su desaparición en 1876, permitió iniciar este trabajo histórico de transformación del proletariado en “clase en sí”, pero aun no pudo crear partidos obreros enraizados en las masas. El nacimiento de la II Internacional en 1889, bajo la égida de Engels, permitirá la construcción de partidos obreros cuya ausencia había contribuido a la derrota de la Comuna.

De la I a la II Internacional

Engels escribe a propósito del papel de la I Internacional como organización del movimiento obrero: “Cuando, en 1874, la Internacional deja de existir, los obreros ya no eran los mismos que cuando su fundación en 1864.(...) Los principios del Manifiesto se habían desarrollado ampliamente entre los obreros de todos los países”. (Prefacio a la edición inglesa del *Manifiesto del Partido Comunista*, 1888).

Si la Semana Sangrienta de 1871 aplastó el movimiento obrero en Francia por un tiempo, la recomposición se produce en el movimiento obrero europeo, particularmente en Alemania. Es preciso señalar que en 1870 August Bebel y Wilhelm Liebknecht, dos marxistas alemanes, que votaron contra los créditos de guerra, contra la continuidad de la guerra tras la caída de Napoleón III, fueron encarcelados por este primer acto de derrotismo revolucionario. El lugar de la sección alemana desde entonces va a ser determinante en el combate por la Internacional.

En 1875, en el congreso de Gotha, la organización fundada por Lasalle, (que no era marxista) y la de Liebknecht y Bebel, que son marxistas, se fusionan. Marx y Engels criticaron las tesis lasallianas que impregnan el programa (*Crítica al programa de Gotha*) y especialmente la idea según la cual “*El estado nacional*” alemán en lugar de ser combatido, podría ser utilizado por el movimiento obrero en su marcha al socialismo. (Los residuos de esta ideología no han dejado de tener su efecto en los desarrollos posteriores de esta partido).

De 1875 hasta principios del siglo XX van a constituirse en los diferentes países potentes partidos obreros (y, a otro nivel, el movimiento sindical va a crecer de manera importante).

En 1877, en las elecciones legislativas, la socialdemocracia consigue 437 000 votos, contra 102 000 en 1871; más tarde 763 000 en 1883 y 1 427 000 en 1890. La represión impulsada por el canciller Bismarck, y más tarde los intentos de integración corporativista, no impidieron una progresión de la socialdemocracia, expresándose en 1890 especialmente en la elección de 24 diputados al Reichstag, contra los 11 precedentes.

Ante ese fracaso, Bismarck pretende tomar nuevas medidas reaccionarias pero, ante la gravedad de la crisis a todos los niveles, el emperador Guillermo II lo desestima. La socialdemocracia aprovecha su legalización para reforzarse como un potente partido en la sociedad (obtendrá, por ejemplo, 79 electos en 1903), implantado en la clase obrera a la que organiza. En 1891, en el congreso de Erfurt, la organización toma el nombre de Partido Socialdemócrata de Alemania. Engels participará activamente.

La atención concedida por Engels al partido alemán guarda relación con el desarrollo de un importante proletariado en Alemania –producto de la industrialización– y con el lugar de este partido como vanguardia del combate por la Internacional obrera. Durante todo este periodo el movimiento obrero se desarrolla. La construcción del Partido Socialdemócrata contribuirá a dar un impulso a la constitución de sindicatos en Alemania.

En Francia después del aplastamiento de la Comuna, un pequeño grupo de militantes emprende, en 1877, el combate en torno a Jules Guesde. En 1880, en congreso en Havre, se funda el Partido Obrero Revolucionario sobre la base de una carta redactada por Guesde y Marx.

Diversas escisiones dividieron al socialismo francés que no se reunificará bajo la égida de la Internacional hasta 1905, en la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO). En 1906, el combate entre anarquistas y marxistas en la CGT conducirá finalmente a la adopción de la Carta de Amiens, que establece dos principios fundamentales en el movimiento obrero en Francia: el combate por la abolición del régimen de trabajo asalariado y la independencia de los sindicatos respecto de los partidos y el estado. Por el contrario en Gran Bretaña no hay partido socialdemócrata y son los responsables sindicales de las TUC (Trade Union Congress, la confederación sindical) los que participan en el congreso de fundación de la Internacional obrera (la II Internacional) en 1889, y serán un elemento decisivo para que las TUC emprendan la construcción de un Partido Laborista que se fundará en 1907.

En 1880 se fundó el Partido Obrero Italiano y Paul Lafargue, el yerno de Marx, trabaja en la construcción del Partido Socialista Obrero Español, constituido en 1879.

En 1888, el congreso de Heinfeld funda el Partido Socialdemócrata de Austria, sobre la base de un programa marxista propuesto por Karl Kautsky, uno de los más grandes teóricos de la Internacional. En 1887 es el turno de los Países Bajos; en 1887 igualmente de Suiza; en 1896 Suecia. Todos estos partidos se fundan retomando el programa del partido alemán.

Bajo el impulso de Plejánov –uno de los teóricos del marxismo– se basa en Ginebra, con Zassulich y Axelrod, el grupo Liberación, que va a promover en Rusia las ideas marxistas y a jugar un papel decisivo en la construcción del Partido Socialdemócrata de Rusia, fundado en 1903. Numerosas cartas de Engels a sus amigos se refieren a la urgente necesidad de construir un partido obrero en los Estados Unidos.

El 1 de mayo de 1890, la clase obrera organizada se manifestó por la jornada de 8 horas.

El nacimiento de la II Internacional es el resultado de todo un proceso histórico que, de 1875 a 1889, se traduce en la consolidación de partidos obreros de dimensión nacional, implantados sólidamente en las clases obreras que conocieron un crecimiento importante debido al desarrollo capitalista del siglo XIX.

El debate en la II Internacional

El combate por la clarificación política en la Internacional es intenso: para Engels y sus camaradas se trata de establecer el hecho de que el combate de la Internacional es el de la toma del poder político por el proletariado, de la expropiación del capital, y que esto exige partidos obreros distintos y opuestos a los partidos burgueses.

Engels a propósito del Congreso Internacional de Bruselas en 1891, escribe: *“Lo esencial, y esto ha sido mi motivo para entrar en este juego, es que reaparece la vieja ruptura de la Internacional. Los adversarios son los mismos salvo que la enseña anarquista ha cambiado por la enseña*

posibilista. Comercio de principio con la burguesía a cambio de pequeñas concesiones, y sobre todo de puestos bien pagados para los jefes” (Carta a Sorge, 4 de septiembre de 1891).

Es un combate permanente por poner en el centro de la lucha de la Internacional la cuestión de la toma del poder político por el proletariado y, por tanto, la necesidad de la independencia respecto del estado burgués.

De nuevo este mismo año de 1891, Engels debe intervenir en el partido alemán para criticar el programa de Erfurt que no llega a desprenderse plenamente de los errores ya denunciados junto con Marx en el de Gotha dieciséis años antes.

Engels escribe: *“Las reivindicaciones políticas del proyecto tienen un grave defecto. Lo que haría falta decir no se encuentra. (...) La Constitución del imperio es (...) una copia pura y simple de la Constitución prusiana de 1850 (...)”*.

Prosigue: *“Hay que atacarla (la Constitución - NDR) de una forma o de otra. Y lo que prueba precisamente hoy en día cuán necesario es, es el oportunismo que comienza a hacer estragos en gran parte de la prensa socialdemócrata. Por temor a una renovación de la ley contra los socialistas (...) se quiere ahora que el partido reconozca que la situación legal actual en Alemania puede ser suficiente, de repente, para que el partido lleve a cabo todas sus reivindicaciones por la vía pacífica”* (Crítica al programa de Erfurt).

Así, de una manera constante, nos reencontramos la cuestión de la actitud respecto del estado burgués en la historia de la II Internacional. Esta cuestión de las instituciones es determinante, teniendo en cuenta los éxitos electorales del partido alemán. Engels es consciente de la importancia de la existencia de una fracción parlamentaria socialdemócrata y, al mismo tiempo, es consciente del peligro.

“Las cuestiones en las que los diputados socialdemócratas pueden salir de una posición puramente negativa son extremadamente limitadas. No son más que cuestiones en las que la relación entre obreros y capitalistas está directamente en juego: legislación de fábrica, jornada normal de trabajo (...). En todas las demás cuestiones (...) los diputados socialdemócratas deberán siempre poner de manifiesto el punto de vista decisivo: no votar nada que pueda reforzar el poder del gobierno frente al pueblo.” (Engels, Carta a la dirección del partido, 1891).

Habría que esperar al congreso de Londres de la Internacional Obrera en 1906 –un año después de la muerte de Engels– para que los partidarios de la acción política independiente del proletariado ganen la partida. Y aun así hay que precisar que, en su seno, algunos tienen tendencia a reducir la acción política a las campañas electorales y a la actividad parlamentaria.

Algunos de ellos (tras la muerte de Engels) pretenden encontrar en Engels tal orientación reformista, apoyándose en un prefacio a la obra de Marx, *La lucha de clases en Francia*; en este prefacio, redactado en marzo de 1895, algunos meses antes de su muerte, Engels definía el lugar de la táctica electoral en la estrategia de la toma del poder por el proletariado.

Engels escribía: *“Ya el Manifiesto del Partido Comunista había proclamado la conquista del sufragio universal, de la democracia como una de las primeras y más importantes tareas del proletariado militante (...). Y si el sufragio universal no hubiera dado otro beneficio que el de permitir contarnos cada tres años, incrementar por el crecimiento regularmente constatado, extremadamente rápido del número de votos, la certeza de la victoria entre los obreros, en la misma medida que el pavor entre los adversarios y convertirse en nuestro mejor medio de propaganda (...), ya sería más que suficiente.*

Pero ha hecho aún más. Con la agitación electoral, nos ha proporcionado un medio sin igual para entrar en contacto con las masas populares, allí donde están aún lejos de nosotros, para obligar a todos los partidos a defender ante el pueblo sus opiniones y sus acciones frente a nuestros ataques; y, además, ha facilitado a nuestros representantes en el Reichstag una tribuna”.

Como vemos, Engels no considera que la papeleta de voto pueda emancipar al proletariado (polemiza por otra parte sobre esta cuestión en el partido alemán). Explica cómo las elecciones y el Parlamento podrían ser un instrumento en el combate por desarrollar un partido obrero.

Y prosigue precisando en este mismo prefacio: *“El tiempo de los golpes de mano, de las revoluciones ejecutadas por pequeñas minorías (...) ha pasado. Cuando se trata de una transformación completa de la organización de la sociedad, es preciso que las propias masas cooperen, que hayan comprendido ellas mismas de qué se trata, por qué intervienen. Esto es lo que hemos aprendido de la historia de los últimos cincuenta años. Pero para que las masas comprendan lo que hay que hacer es necesario un largo trabajo, perseverante”*.

El partido, siempre el partido, tal es la conclusión de Engels que sabe que la burguesía jamás cederá su puesto de buen grado. Por lo que añade: “*Pero no olvidéis que el imperio alemán (...) es el producto de un pacto, primero del pacto de los príncipes entre ellos y después de los príncipes con el pueblo. Si una de las partes rompe el pacto todo el pacto cae y entonces la otra parte tampoco está ya vinculada (...). Si rompéis la Constitución imperial, la socialdemocracia es libre, libre para hacer lo que quiera en relación a vosotros. Pero se cuidará mucho de decir hoy lo que va a hacer después.*” (Este párrafo fue suprimido de las ediciones de los partidos socialdemócratas de Alemania).

La socialdemocracia hace uso pues de la situación particular de Alemania, de lo que, por la vía electoral y la acción de masas, ha conquistado de forma “legal”. Pero si las conquistas obreras y democráticas son cuestionadas, no le quedará otro camino que la acción “ilegal”.

Y contra esta orientación de Engels ciertos dirigentes de la Internacional Obrera intentarán ocultar su capitulación ante la burguesía, por una supuesta vía “parlamentaria” hacia el socialismo. Será ésta una cuestión decisiva en la historia del movimiento obrero, la de la actitud con respecto a la vieja máquina de estado que es preciso destruir como decía Marx.

El fracaso de la II Internacional

La primera gran crisis de la Internacional vendrá originada por la cuestión del “*ministerialismo*” planteada por la entrada del socialista francés Millerand, en 1900, en un gobierno burgués, en nombre de la defensa de la República contra la reacción monárquica y en nombre de la lucha contra la Iglesia y por la laicidad.

Lo que significaba poner en práctica, llevada al extremo, la tesis de una corriente llamada reformista en el seno de la Internacional, cuyo portavoz era un dirigente alemán, antiguo secretario de Engels, Bernstein.

“*El movimiento lo es todo, el objetivo no es nada*”, escribía Bernstein, queriendo con esto explicar teóricamente que es en el movimiento y gracias a él cómo se pueden conseguir reformas sociales y democráticas que permiten evolucionar a la sociedad. Tomaba como ejemplo el desarrollo de las sociedades por acciones (que, como vimos en el folleto nº 2, están en el origen de los monopolios que constituyen la fase imperialista), presentadas como una “democratización del capitalismo”, porque todo el mundo podía comprar acciones, “desprivatizando” de alguna forma la propiedad privada de los medios de producción!

En el congreso de Dresde en 1903, el partido alemán condena las “*tesis revisionistas de Bernstein*” y el congreso de Ámsterdam de la Internacional Obrera (1904) condena el “*ministerialismo*”.

Estas tomas de posición atestiguan la resistencia de los cuadros de la II Internacional al abandono de los principios marxistas, y subrayan el carácter revolucionario de la Internacional Obrera. Pero si las posiciones “revisionistas” obedecen aparentemente a traiciones individuales, de hecho no es así en modo alguno.

Una nueva situación se abre. El movimiento obrero sufre presiones incluso antes incluso de comprender que la formación de los monopolios significaba el paso a la fase imperialista³.

El paso al imperialismo [es decir: monopolio, capital financiero, fin del reparto del mundo (el dominio sobre las colonias y su pillaje)] lleva a corromper una fina capa en la superficie del proletariado, sobre la base, según Lenin, “*de las migajas del festín imperialista*”. Se forma entonces una “*aristocracia obrera*”, base social del “reformismo”, que se refracta en el seno de los partidos. Éstos, en efecto, conocieron igual que los sindicatos un importante desarrollo que exigía “*funcionarios del partido*” y un “*aparato*” (se ha mantenido en francés esa palabra de “*aparato*” del partido alemán, que significa en realidad administración).

No es en sí la constitución de esos aparatos necesarios a los partidos y a los sindicatos lo que está en cuestión. Es el hecho de que, en relación con la formación de una “*aristocracia obrera*” y con el paso al imperialismo, políticos burgueses (social y políticamente) van a invadir las instancias dirigentes de los partidos de la II Internacional, contribuyendo a transformar esos aparatos en **capas burocráticas**.

3.- Hay que esperar al trabajo de Rosa Luxemburg sobre La Acumulación del Capital en 1912, de Hilferding sobre El Capital Financiero, y sobre todo el de Lenin en 1916, El imperialismo, fase superior del capitalismo, para que se lleve a cabo un análisis marxista del paso al imperialismo.

El contenido social y político de esta burocracia es la defensa de sus privilegios, que hunden sus raíces en la sociedad burguesa, y por tanto la búsqueda de la conciliación con la burguesía. Lenin, después del fracaso de la II Internacional, caracterizará estos partidos como “partidos obreros burgueses”, es decir, partidos que siguen siendo obreros en su composición, por sus raíces, pero cuyos aparatos están en manos de “lugartenientes obreros de la burguesía”.

La ausencia de una defensa real del marxismo en las diversas direcciones de esos partidos, excepto en Rusia con Lenin, impidió evitar esa degeneración, que no era ineluctable. Hay que señalar que el principal dirigente y teórico de la Internacional, Karl Kautsky⁴, en el período 1905-1914, se deslizará hacia posiciones derechistas, en concreto sobre el imperialismo. Solo Rosa Luxemburg, Trotsky y Lenin (que más tarde escribirá *El renegado Kautsky y la revolución proletaria*) se sitúan en el terreno de la defensa del marxismo.

Pero el imperialismo no es sólo el monopolio, el capital financiero, el fin del reparto del mundo; es también el enconamiento de la competencia entre burguesías imperialistas para rediseñar el reparto del mundo llevado a cabo a finales del siglo XIX, para conquistar mercados para las mercancías y los capitales. Y a fin de cuentas, el imperialismo es, como una necesidad social, la guerra para llevar a cabo estos objetivos. Si Jaurès lo denuncia con el lirismo (“*el capitalismo lleva en sí la guerra, como la nube lleva la tormenta*”), Rosa Luxemburg en la *Acumulación del capital* demuestra que la industria de armamento juega un papel cada vez más importante, e indispensable en la producción capitalista.

Y precisamente sobre el desarrollo de las contradicciones imperialistas y la cuestión de la guerra (por tanto, de la actitud de cada partido de la Internacional respecto de su propio estado imperialista) va a fracasar la II Internacional.

El desarrollo de la economía alemana en el cambio de siglo la coloca en segunda posición detrás de los Estados Unidos, pero el reparto del mundo ocurrido a finales del siglo XIX hace de ella el pariente pobre de las zonas de influencia a escala mundial, mientras que Francia y Gran Bretaña se apoyan en sus imperios. Esta situación, junto con el papel que ocupan Austria, Rusia, Japón y también evidentemente las pretensiones norteamericanas, va a conducir a la Primera Guerra Mundial (cf. El siglo XX en 20 capítulos).

En el congreso internacional de Stuttgart, Jaurès defiende la posición de los franceses y de los ingleses, según la cual hay que oponer la huelga general a la guerra. La fórmula, muy radical, no logra ocultar la realidad de la Internacional, llena de ambigüedades.

En 1907 y en 1910 en el congreso de Dresde, el bolchevique Lenin apoyado por Rosa Luxemburg, pero también por Márto (miembro de la otra fracción procedente de la escisión del POSDR, los mencheviques), combate sobre una posición internacionalista.

En 1913, en Alemania, la fracción parlamentaria socialdemócrata vota una ampliación de los créditos militares, integrada en un presupuesto que el gobierno preveía financiar mediante un impuesto sobre la fortuna, ¡lo que los diputados socialdemócratas consideraban como positivo! En el seno de los diferentes partidos socialdemócratas se alzan voces a favor de su propia burguesía: en Alemania, con el argumento de la “defensa de Europa contra la odiosa dictadura zarista”; en Francia, en nombre de 1789, el rechazo de la ocupación de Alsacia-Lorena por los “tiranos” prusianos, etc.

El 4 de agosto de 1914, la socialdemocracia alemana vota los créditos de la guerra. Lo mismo sucederá en Francia, en Inglaterra ... Sólo el partido ruso de Lenin y el Partido Socialista serbio (cuando Serbia sirve de pretexto al estallido de la guerra y es en parte invadida por Austria), se pronuncian contra la guerra.

La II Internacional acababa de fracasar. Cada partido socialdemócrata se adaptaba a su propia burguesía imperialista. La II Internacional, de instrumento de la revolución se convertía en su contrario. Al mismo tiempo, hay que considerar que la II Internacional fue el marco de la construcción del movimiento obrero moderno, constituyendo la clase obrera como clase, con sus partidos y sindicatos. Esto explica la profundidad de sus raíces en el movimiento obrero.

La historia del movimiento obrero es un todo orgánico; la fundación de la III Internacional después de Octubre del 1917 no será suficiente para extirpar las raíces de los partidos

4.- Aquel que había escrito *El camino del poder*, que contiene numerosas ambigüedades al leerlo hoy, se pronunciaba por “la huelga política de masas”, pasaba por marxista encarnizado; aquel que habían combatido a Millerand y Bernstein.

socialdemócratas, que se hunden en la historia de la clase obrera. El “reformismo” se instala desde entonces como una corriente del movimiento obrero que los marxistas no podían ignorar, de ahí la política de frente único obrero (FUO) preconizada en los años 1920 por la Internacional Comunista.

El Partido Bolchevique, que fue el motor de la construcción de la III Internacional, que dirigió la Revolución Rusa y la instauración del primer estado obrero de la historia, nació, se formó y se desarrolló en la II Internacional. Es un heredero directo de la socialdemocracia por la que combatía Engels, opuesto y contradictorio con la burocracia oportunista – avatar de la socialdemocracia que capituló ante el imperialismo.

Al final de su vida, el viejo Engels, amigo y compañero de Karl Marx, se dirigía una vez más a los socialdemócratas del mundo: *“Ningún socialista, de cualquier país, puede desear el triunfo bélico, sea del gobierno actual alemán, sea de la República burguesa francesa. Por eso los socialistas piden en todas partes que se mantenga la paz. Pero si, no obstante, la guerra estallase, una cosa es segura: esta guerra en la que quince, veinte millones de hombres armados, se degollarán y devastarán Europa como jamás ha sido devastada, esta guerra, o bien llevaría al triunfo inmediato del socialismo, o bien dejaría en todas partes tras de sí tal montón de ruinas que la vieja sociedad capitalista sería mas imposible que nunca y la revolución social, retrasada diez o quince años, sería más radical y se realizaría más rápidamente”.*

1914-1918: 20 millones de muertos.

Octubre de 1917: victoria de la primera revolución proletaria de la historia.

1919: fundación de la III Internacional.

Octubre de 1917 y la fundación de la III Internacional

“La estrategia revolucionaria comprende todo un sistema combinado de acciones que, tanto en su relación y su sucesión como en su desarrollo, deben llevar al proletariado a la conquista del poder.

Está claro que los principios fundamentales de la estrategia revolucionaria se formularon después de que el marxismo planteara ante los partidos revolucionarios la cuestión de la toma del poder sobre la base de la lucha de clases.

Pero la I Internacional sólo consiguió formular estos principios en el plano teórico y controlarlos, en parte gracias a la experiencia de diferentes países.

La época de la II Internacional creó métodos y conceptos tales que (...) el problema de la estrategia se redujo a nada, se ahogó en el ‘movimiento’ cotidiano con sus consignas derivadas de la táctica diaria.

Sólo la III Internacional restableció los derechos de la estrategia revolucionaria del comunismo y le subordinó por completo los métodos de la táctica. Gracias a la valiosa experiencia de las dos primeras Internacionales, sobre cuyos hombros se levanta la III, gracias al carácter revolucionario de la época actual y a la gigantesca lección histórica que fue la Revolución de Octubre, la estrategia de la III Internacional adquirió, de inmediato, una combatividad plena de energía.” (León Trotsky, La Internacional Comunista después de Lenin.)

La victoria de la revolución de Octubre y su denuncia por los jefes de la II Internacional van a provocar escisiones en los partidos socialdemócratas, dando origen a los partidos que fundarán en Moscú, en marzo de 1919, la Internacional Comunista, la III Internacional.

En su discurso de apertura, después de haber honrado la memoria de Rosa Luxemburg y de Karl Liebknecht, asesinados por la represión del gobierno socialdemócrata contra la revolución alemana, Lenin se dirige al I Congreso de la III Internacional: *“Por mandato del comité central del Partido Comunista Ruso, abro el primer congreso (...). Camaradas, nuestro congreso reviste una gran importancia en la historia mundial. Muestra la bancarrota de todas las ilusiones de la democracia burguesa. Había que encontrar la forma práctica que permitió al proletariado ejercer su dominación. Esta forma es el régimen de los soviets con la dictadura del proletariado. La dictadura del proletariado, esas palabras eran ‘latín’ para las masas hasta nuestros días. Ahora, gracias al sistema de soviets, ese latín está traducido a todas las lenguas modernas”.*

Del mismo modo que Engels describía la Comuna como la *“forma al fin encontrada de la dictadura del proletariado”*, Lenin explica que la República Soviética (la República de los consejos obreros) es la traducción del concepto teórico (la dictadura del proletariado).

Como la Comuna, la República Soviética adoptará muy rápidamente medidas obreras y

democráticas. Ya en noviembre publica dos decretos: sobre la paz y el cese de la guerra, y sobre la tierra, expropiando a los grandes latifundistas. En las semanas siguientes, decreto sobre las nacionalidades que reconoce la igualdad entre todos los pueblos; decreto sobre la igualdad de los ciudadanos, el matrimonio civil, el divorcio, la separación del Estado y de la Iglesia, el control obrero, la nacionalización de los bancos... y esto en una situación de aislamiento de Rusia sometida al bloqueo.

Lenin, rechazando todo cargo oficial en el Estado obrero, no hace “un hermoso gesto”. Defiende una posición política que ya hemos citado: el estado obrero, el poder de los soviets (la dictadura del proletariado), expresión del poder político de la clase obrera tiene que encargarse de dirigir el país en el período transitorio hacia el comunismo, sociedad sin clases y sin estado; el partido, independiente como partido del estado, expresa por su parte los intereses de la clase obrera en su proceso de emancipación. Incluso antes de la victoria de los soviets en Octubre, Lenin definía ya la naturaleza de este estado: *“En su primera fase, en su primera grado, el comunismo no puede todavía, desde el punto de vista económico, estar totalmente maduro, completamente libre de las tradiciones o de los vestigios del capitalismo. De ahí ese fenómeno interesante que es el mantenimiento del ‘horizonte limitado del derecho burgués’ en régimen comunista, en la primera fase de éste. En efecto, el derecho burgués, en lo que respecta a la distribución de bienes de consumo, implica necesariamente un estado burgués, porque el derecho no es nada sin un aparato capaz de obligar al cumplimiento de sus normas. De ello se desprende que en el régimen comunista subsisten durante un cierto tiempo, no sólo el derecho burgués, sino también el estado burgués – ¡sin la burguesía!”* (*El Estado y la revolución*, 1917).

En la primera fase del socialismo, que es la primera fase de un proceso que conduce a la última fase comunista, el estado obrero, porque es a pesar de todo un estado, sigue marcado por los rasgos de la sociedad dividida en clases, que no desaparece de un día para otro. Es la razón por la que Lenin lo definía también como un *“estado burgués sin burguesía”*.

El socialismo (primera fase del comunismo), es el poder de los soviets. La democracia proletaria, un grado de democracia jamás alcanzado antes por la democracia burguesa, sigue siendo en tanto que estado un instrumento de coacción. Se construye el nuevo mundo con los materiales del viejo mundo, y en esas condiciones, la tarea del estado es superarlos –mediante el desarrollo de las fuerzas productivas– hacia la sociedad sin clases, y **por tanto organizar su propia extinción**. El estado obrero es por tanto un aparato de transición dirigido por el proletariado en su marcha al comunismo, **no es ni puede ser la dirección del proletariado**.

El estado obrero tiene un doble carácter. Debe conservar el sistema del salario o, como escribió Marx, las *“normas burguesas de la distribución”*, con el fin de incrementar las fuerzas productivas. Y al ser un instrumento del proletariado, el estado al mismo tiempo está subordinado al combate histórico del proletariado. Porque la suerte de este sistema depende de la dirección general del desarrollo: si la revolución triunfa en otro país y la *“riqueza social”* aumenta, entonces la desigualdad de las normas burguesas de la distribución tienen a reducirse. El desarrollo de las tendencias socialistas hacia su dominio total sobre las tendencias burguesas conlleva la reabsorción del estado en una sociedad que se administra ella misma. Por esta razón Lenin, en el VII Congreso del Partido Bolchevique en 1918, declaraba: *“La verdad absoluta es que sin revolución en Alemania, desapareceremos”*. Lejos de concebir la revolución rusa como un proceso en sí mismo, o como la culminación de un proceso histórico limitado a un solo país, los bolcheviques consideraban que no era más que el primer eslabón de la cadena de las revoluciones que conforman la revolución mundial.

León Trotsky escribirá sobre este tema en 1936: *“Todos los cálculos se basaron en ese momento en la expectativa de una rápida victoria en occidente. Se consideraba evidente que el proletariado alemán victorioso, contando con un reembolso posterior en productos alimentarios y en materias primas, abastecería a la Rusia de los soviets en máquinas y productos manufacturados y proporcionaría también decenas de miles de obreros altamente cualificados, técnicos y organizadores. Sin duda, si la revolución hubiera triunfado en Alemania –y sólo la socialdemocracia impidió su triunfo–, el desarrollo económico de la URSS, así como el de Alemania, habría continuado a pasos agigantados.”* (*La Revolución traicionada*.)

Pero la revolución alemana fracasó en 1919, crucificada por el partido alemán de la II Internacional (el SPD). La ola revolucionaria, los consejos de obreros y de soldados que habían surgido incluso antes de la firma del “armisticio” en 1918 y hacían caer al imperio, chocarían

con los dirigentes socialdemócratas. En las jornadas de enero de 1919, la represión aplastará en sangre la revolución y asesinará a Karl Liebknecht y a Rosa Luxemburg.

En toda Europa, los aparatos burocráticos que dirigían los partidos socialdemócratas van a contener y hacer retroceder la ola revolucionaria para preservar los estados burgueses. Sobre los jefes de la II Internacional recae toda la responsabilidad del aislamiento y del debilitamiento de la revolución rusa. A partir de entonces, los bolcheviques se aplican a reunir en la Internacional Comunista y a clarificar las tareas y orientaciones de los PC para preparar la etapa siguiente, una segunda ola revolucionaria en Europa que saben ineluctable.

El combate de la Internacional Comunista por la revolución mundial

El segundo congreso de la Internacional Comunista, en 1920, adoptará unos estatutos cuyo artículo I declara: *“La nueva Asociación Internacional de los Trabajadores tiene como objetivo organizar una acción conjunta del proletariado de los diferentes países, tendiendo a un solo y mismo fin, a saber: el derrocamiento del capitalismo, el establecimiento de la dictadura del proletariado y de una república internacional de soviets que permitan abolir totalmente las clases y realizar el socialismo, primer grado de la sociedad comunista”*.

Una vez más en la historia del movimiento obrero, se afirma la **necesidad de la conquista del poder político** por el proletariado como base de una Internacional, y esta vez, sobre la base de la revolución de Octubre.

Para ello son necesarios partidos y una Internacional *“libres de las mezcolanzas impuras del oportunismo”*. El congreso adoptará las famosas *“21 condiciones”* de adhesión a la IC. Es el comienzo del combate que emprenden Lenin y Trotsky contra el oportunismo, pero también contra el sectarismo. El papel de la II Internacional contra la revolución demostraba que no se podía esquivar la situación real en la clase obrera. Lenin escribirá en *El Fracaso de la II Internacional*: *“El contenido político del oportunismo y el del social-chovinismo son idénticos: es la colaboración de clase, la renuncia a la dictadura del proletariado, a la acción revolucionaria, el reconocimiento sin reservas de la legalidad burguesa”*.

Pero la socialdemocracia conserva importantes posiciones en la clase, como lo demostró su acción contrarrevolucionaria. La escisión que se produjo en el movimiento obrero fue considerable. Por un lado, unos partidos obreros y unos sindicatos poderosos, en particular en Alemania y en Inglaterra, miembros de la Internacional Obrera; por otro, en la Internacional Comunista, las fuerzas jóvenes, unos militantes (y también unas fuerzas marcadas por el reformismo como los dirigentes del PC francés), y a la cabeza el partido de la revolución rusa.

Y éste va a generalizar la estrategia y la táctica de frente único que ha desarrollado, permitiendo la victoria de la revolución en Rusia (*folleto nº 4*). La tarea principal del III Congreso de la Internacional Comunista será confirmar los análisis de Marx y de Lenin sobre lo inevitable del hundimiento del capitalismo, definir la orientación, en una situación marcada por la división de las filas obreras. El cuarto congreso aprobará las *Tesis sobre la unidad del frente proletario* que definían la orientación puesta en marcha por el ejecutivo de la Internacional Comunista desde el tercer congreso. El **frente único obrero** aspira a unir a los trabajadores en la lucha de clases. La necesidad del frente único se plantea porque el proletariado está dividido en diversas organizaciones. Para la Internacional Comunista, se trata de un medio estratégico mediante el cual el proletariado realiza su unidad para derrocar a la burguesía.

“A la coalición abierta u oculta con la burguesía, los comunistas oponen el frente único y la coalición política de todos los partidos obreros contra el poder burgués, por la caída definitiva de este último”. (Resolución sobre la táctica.)

Una discusión muy profunda tendrá lugar en la Internacional con los dirigentes franceses, particularmente, que se deslizaban de una política de frente único a una alianza con sectores republicanos; discusión también con los alemanes, los ingleses e incluso con dirigentes bolcheviques como Bujarin, sectarios y ultraizquierdistas, que rechazaban la política de frente único en nombre del carácter traidor de los dirigentes de la II Internacional.

Esta clarificaron en las filas de la Internacional Comunista es indispensable para no dejar escapar la siguiente etapa revolucionaria. Al mismo tiempo, la situación de Rusia es preocupante.

El aislamiento de la URSS (debido al reflujo de la revolución en Europa imputable a la política de la II Internacional), las consecuencias de la Primera Guerra Mundial en Rusia y el bloqueo imperialista, la guerra civil, causaron importantes estragos, tan importantes que en 1920 la hambruna reaparece en la URSS. La producción industrial había caído en un 20% de su nivel de antes de la guerra. En tres años, Petrogrado había perdido un 57% de su población y Moscú un 44%. Había 3 millones de obreros en 1919, no quedaban más que 1,5 millones en 1920 y 1,25 en 1921.

El Partido Bolchevique tuvo que hacer un repliegue e inaugurar la nueva política económica (NEP) en 1921, introduciendo elementos de mercado en la industria y también en el campo, para motivar al agricultor a vender y por tanto a producir, con el fin de relanzar la economía. La NEP, a los ojos de Lenin, “no es un modelo específico de construcción del socialismo”, sino un repliegue táctico a la espera de una nueva etapa de la revolución mundial, como explica a lo largo de su último artículo: Más vale menos, pero mejor.

Por esta razón León Trotsky subrayará la importancia de los trabajos de los III y IV Congresos de la Internacional Comunista, de la viva polémica con las “izquierdas”. Escribe: *“El III Congreso fue un jalón importante. Sus enseñanzas permanecen vivas y fecundas aún hoy. El IV Congreso no hace más que concretarlas. La consigna del tercer congreso no decía sólo: ‘hacia las masas’, sino ‘hacia el poder por la conquista previa de las masas’.*

Después de que la fracción de Lenin (y que él llamaba de manera significativa el ala ‘derecha’) hubo llamado de forma vigorosa al congreso a una mayor contención, Lenin reunió finalmente una pequeña conferencia en la que lanzó esta advertencia profética: ‘recordad la importancia de tomar un buen impulso para lograr el salto revolucionario; la lucha por las masas es la lucha por el poder’. Los acontecimientos de 1923 mostraron que esta posición leninista no siempre era aceptada (...). (La Internacional Comunista después de Lenin.)

En el verano de 1923, los bolcheviques están en efecto a la espera de la victoria de la revolución proletaria en Alemania. Es a la vez una certidumbre y una necesidad histórica. El socialismo no se construirá en un solo país. Es preciso que el proletariado alemán expropié a la burguesía, abriendo así el camino hacia los Estados Unidos Socialistas de Europa. Una nueva ola revolucionaria se ha iniciado en el continente. En Alemania la situación es revolucionaria. Pero las dudas y las tergiversaciones de Zinóviev a la cabeza de la Internacional Comunista tendrán un gran peso en la derrota de 1923.

Se alimentan de las presiones de Stalin, el hombre de la burocracia naciente que aconseja “frenar a los Alemanes en lugar de empujarlos”. Estas oscilaciones desorientan a la dirección del partido alemán, que, incapaz de aprovechar la ocasión, contribuye al fracaso de la revolución. Las órdenes y contraórdenes van a dejar a las masas alemanas desamparadas, sin coordinación, llamadas por el partido a no moverse aquí, surgirán en otro lugar, como en Sajonia y en Turingia, y serán aplastadas en sangre, con el apoyo siempre activo de los jefes socialdemócratas.

Esta derrota está cargada de consecuencias. Condena la revolución a las fronteras de la URSS y supone una profunda decepción para los militantes del Partido Bolchevique, y para las masas que esperan la revolución alemana.

La burocratización de la URSS

Esto refuerza a aquéllos que no habían visto en la revolución de Octubre más que un “accidente de la historia” y se habían unido al régimen sólo por oportunismo. Esta derrota de la revolución mundial anima también a los que piensan que más vale ocuparse de Rusia que del extranjero.

Las condiciones de aislamiento en las que se encuentra la URSS, la derrota de la primera revolución alemana por culpa de la socialdemocracia, la dramática situación económica del país, seguida de la derrota de la segunda revolución alemana por culpa de Zinóviev y Stalin, provocan un retroceso en la propia URSS. Las “normas burguesas de distribución” del estado obrero –“Estado burgués sin burguesía” (Lenin)– se refuerzan y traen consigo tendencias re-

trógradas bajo la forma de una burocratización. Stalin, responsable de organización del partido, a la cabeza de los “burós” tiende a militarizar el partido. Los gestores quieren “gestionar”, los administradores quieren “administrar”, los comandantes “mandar”. Y todos los que tiene algo más que un obrero quieren conservar ese “algo más”. Con el paso de los años, tras el retroceso táctico de la NEP, que era una necesidad, el nepman y el kulak (industrial y campesino ricos) tienden a monopolizar la producción y el comercio privado. Bujarin, el dirigente bolchevique que, tres años antes, a la cabeza de las “izquierdas” se oponía a la orientación de frente único de Lenin –y con la inconsistencia que le reprochaba Lenin– se convierte en defensor encarnizado de la NEP como un eje estratégico (lo que no era la posición de Lenin) preconizando *“la marcha al socialismo a paso de tortuga”*. Es apoyado por el ala de derechas del partido que se agrupa en torno a su famoso eslogan copiado de Guizot ⁵ *“¡Enriqueceos!”*.

“Poniendo trabas a la industrialización y perjudicando a la gran mayoría de los campesinos, la política que favorecía al kulak puso de manifiesto inequívocamente, a partir de 1924-1926, sus consecuencias políticas: inspirando a la pequeña burguesía de las ciudades y del campo una confianza extraordinaria, la llevaba a adueñarse de numerosos soviets locales; acrecentaba la fuerza y seguridad de la burocracia: era cada vez más pesada para los obreros; entrañaba la supresión completa de toda democracia en el partido y en la sociedad soviética”. (León Trotsky, *La Revolución Traicionada*.)

Pero esta burocratización no era inevitable: era producto de las condiciones internacionales y nacionales, pero podía y debía ser combatida en y por el partido. Pensar que esto no era posible equivaldría a considerar que el proletariado no es capaz de establecer su propio poder y que el estalinismo es producto del marxismo. Lo cual es falso. Hay razones objetivas para esta burocratización, pero también subjetivas. Está la derecha del partido con Bujarin. Está Stalin en el “centro” para marcar mejor a la izquierda del partido. Stalin en el centro es la “moderación”, lo que da seguridad a los gestores, a los burós.

Pero, como hemos dicho antes, no era inevitable.

Lenin antes de morir, decide emprender el combate: su situación y su enfermedad le impidieron intervenir directamente –con la autoridad que tenía–. Propone a Trotsky llevar este combate con él. En Octubre de 1923, estalla la crisis en el seno de la dirección del partido.

Trotsky y 46 cuadros bolcheviques presentan un texto denunciando *“la burocratización del partido”*. El aparato no es todavía lo bastante fuerte como para evitar la discusión y la *“troika”* (Stalin, Zinóviev y Kámenev) debe maniobrar para mantener la dirección del partido. En enero de 1924, en la XII Conferencia del partido, Stalin, que no ha parado de fortalecer su control sobre el partido, hace condenar las tesis de la Oposición como *“una ruptura con el leninismo”* gracias, una vez más, al apoyo de Zinóviev y Kámenev. Inmediatamente después de la muerte de Lenin, Stalin organiza una *“promoción Lenin”* abriendo la puerta del partido, de golpe, a 250 000 nuevos miembros –la mayoría sin ninguna experiencia política, pero algunos de ellos con un proyecto de carrera.

Al mismo tiempo, en nombre de la *“bolchevización”* de la Internacional Comunista, los que comparten las posiciones de Trotsky en la Internacional y a la cabeza de los partidos, son eliminados de las instancias de dirección. Una verdadera batalla comienza. Nada se hace de forma gradual, sino a golpes. En 1925, Zinóviev y Kámenev entienden –aunque demasiado tarde– el peligro y se unen a Trotsky en la Oposición ⁶.

Puede sorprender esta rápida derrota. En *La Revolución Traicionada*, León Trotsky explica cómo y porqué Stalin fue capaz de ganar la partida.

“La desmovilización de un Ejército Rojo de cinco millones de hombres debía desempeñar, en la formación de la burocracia, un papel considerable. Los comandantes victoriosos se hicieron con los puestos importantes en los soviets locales, en la producción, en las escuelas, y ello para llevar a cualquier lugar, obstinadamente, el régimen que les había hecho ganar la guerra civil. Las masas fueron apartadas poco a poco en todas partes de la participación efectiva en el poder.

Este fenómeno en el proletariado dio lugar a grandes expectativas y una gran seguridad en la pequeña burguesía de las ciudades y el campo, que, llamada por la NEP a una vida nueva, se en-

5.- Guizot (1787-1874) político francés, ministro de Luis Felipe y verdadero amo del país. Cayó en la revolución de febrero de 1848.

6.-Se puede leer sobre todos estos acontecimientos y sus consecuencias en el libro de Jean-Jacques Marie, *Stalin*.

valentonaba cada vez más. La joven burocracia, formada al principio para servir al proletariado, se sintió el árbitro entre las clases. Se fue haciendo mes a mes más autónoma”.

Trotsky destaca el papel de “árbitro” de la burocracia naciente entre el proletariado y los Nepmen: es la posición de Stalin en el plano político, el centro entre la izquierda y la derecha.

Y Trotsky continúa: *“La situación internacional estaba actuando con fuerza en la misma dirección. La burocracia soviética estaba ganando en seguridad a medida que la clase obrera internacional sufría cada vez más importantes derrotas. Entre estos dos hechos, la relación no es sólo cronológica, es causal y recíproca: la dirección burocrática del movimiento contribuía a las derrotas. Las derrotas consolidaban a la burocracia. La derrota de la insurgencia búlgara y la retirada de los obreros alemanes en 1923, el fracaso de un intento de levantamiento en Estonia, la pérfida liquidación de la huelga general en Inglaterra y la conducta indigna de los comunistas polacos durante el golpe de mano de Pilsudski en 1926, la terrible derrota de la revolución china en 1927, las derrotas aún mayores que siguieron en Alemania y Austria, éstas son las catástrofes históricas que arruinaron la confianza de las masas en la revolución mundial y permitieron a la burocracia erigirse cada vez más como un faro que muestra el camino de la salvación”.*

Tales son las raíces políticas y sociales de la burocratización.

Trotsky añade cómo fue golpeada la Oposición: *“Decenas de miles de combatientes revolucionarios se habían reunido, es cierto, bajo la bandera de los bolcheviques-leninistas. Los obreros veían a la Oposición con una cierta simpatía. Pero era una simpatía pasiva, porque ya no se creía que fuera posible cambiar la situación mediante la lucha.*

Sin embargo, la burocracia afirmaba: ‘La Oposición se prepara para arrojarnos a una guerra revolucionaria por la revolución internacional. ¡Ya basta de conmociones! Nos tenemos bien merecido un descanso. Construiremos la sociedad socialista en nuestro país. ¡Contad con nosotros que somos vuestros jefes!’ Esta propaganda del descanso, consolidando el bloque de los funcionarios y militares, encontraba sin duda un eco en los obreros fatigados y, aún más, en las masas campesinas. Se preguntaban si la Oposición no estaba dispuesta a sacrificar los intereses de la URSS a la ‘revolución permanente’. De hecho, eran los intereses vitales de la URSS los que estaban en juego”.

Este fue el caso cuando la lucha de clases en China puso a la orden del día una situación revolucionaria. En nombre de una confusa “teoría” del “bloque de las cuatro clases”, la dirección de la Internacional Comunista impuso al joven pero poderoso Partido Comunista Chino entrar en el Kuomintang de Chiang Kaishek, el líder nacionalista burgués al que se oponían violentamente los comunistas. Chiang Kaishek utilizó el poder del PC y su arraigo en las masas para la conquista del territorio chino para lanzarse después a una violenta y sangrienta represión contra los comunistas y los trabajadores chinos.

Stalin es, según Trotsky, *“el gran organizador de derrotas”*. La Internacional Comunista, de instrumento de la revolución mundial que era, tiende a convertirse en agencia de la diplomacia del Kremlin. El apoyo al “comité anglo-ruso”, que agrupa sindicatos rusos y británicos, permitirá a los jefes reformistas británicos romper la huelga general de los trabajadores británicos amparándose en la autoridad de la Revolución de Octubre, aislando así a los mineros que mantenían la huelga en solitario. Por un lado, la a Internacional Comunista no le queda otro remedio que declarar su apoyo a los mineros, mientras que, por otro lado, ¡la administración del Estado Soviético suministra carbón ruso a los capitalistas ingleses!

Por lo tanto, no es posible considerar el “aislamiento” de la revolución rusa como un factor puramente objetivo. La orientación política internacional impulsada por la burocracia se convierte en un factor de su propia consolidación social. Esto es lo que dice León Trotsky en *La Internacional Comunista después de Lenin*.

“La burocratización (...) tiene como origen principal el incremento, en los últimos cinco años, de la distancia entre la línea política de la dirección y las perspectivas históricas del proletariado. (...) La causa fundamental de la crisis de la Revolución de Octubre es el retraso de la revolución mundial, como resultado de varias derrotas graves del proletariado. (...) A partir de 1923, la situación cambia radicalmente: ya no se trata sólo de derrotas del proletariado, sino de derrotas de la política de la Internacional Comunista. Los fallos de esta política en Alemania, Inglaterra, China –y en menor medida en otros países– son tales que es imposible encontrar similitudes en toda la historia del Partido Bolchevique (...). Éstas son las causas inmediatas e indiscutibles de la derrota. Intentar mostrar que incluso con una política justa las derrotas eran inevitables, es caer en un fatalismo repugnante y renunciar a la comprensión bolchevique del papel y la importancia de una dirección revolucionaria”.

“Socialismo en un solo país”

Acerca de la revolución mundial, Trotsky no parte de un a priori ideológico, sino de toda la experiencia del marxismo, y de la realidad: la cuestión internacional no es un deseo añadido, está inscrita en el corazón del futuro de la URSS.

“Sin la victoria de la revolución mundial, no construimos el socialismo (...). La construcción económica tiene una importancia enorme. Si la dirección se equivoca, la dictadura del proletariado se debilita. Su caída supondría un golpe tan duro a la revolución socialista que no se recuperaría en muchos años. Pero la decisión del proceso histórico entre el mundo del socialismo y el mundo del capitalismo depende de la segunda palanca, es decir, la revolución proletaria mundial. La importancia gigantesca de la URSS viene del hecho de que es la base de apoyo de la revolución mundial, y no de su capacidad para construir el socialismo con independencia de la revolución mundial.” (Trotsky, *La Internacional Comunista después de Lenin.*)

La revolución rusa de 1917 es parte de una profunda convulsión mundial, nacida de la primera guerra imperialista que puso en evidencia el callejón sin salida bárbaro de un sistema de producción y de las relaciones sociales que se derivan de él.

Desde este punto de vista, la Revolución de Octubre es a la vez una baza permanente de la lucha de clases (como por otra parte lo demuestra la actitud del imperialismo hacia ella: bloqueo, guerra civil) entre los defensores del sistema capitalista y el proletariado. La destrucción de la clase obrera en la guerra civil hace de la URSS el estado de la escasez colectivizada. El proceso de monstruosa degeneración del Estado Soviético se define por lo tanto, desde el principio, como un proceso internacional: la destrucción de la democracia soviética, la opresión de las masas, la ascensión de una capa por las que se define el estalinismo, son elementos la lucha de clases internacional.

Al dar la espalda a esa lucha, la “teoría” de Stalin del “socialismo en un solo país”, lejos de sacar a la URSS del ámbito internacional, la sume en una dependencia aún mayor respecto de los países imperialistas.

León Trotsky lo explica en 1928: *“La nueva doctrina dice: el socialismo puede construirse sobre la base de un estado nacional. A partir de ahí, puede y debe dar lugar, a pesar de todas las declaraciones solemnes, a una política de colaboración con la burguesía del exterior. Las tareas de los partidos de la Internacional Comunista toman entonces un carácter secundario: proteger a la URSS de las intervenciones y no luchar por la conquista del poder. No se trata de intervenciones subjetivas, sino de una lógica objetiva del pensamiento político.”* (*La Internacional Comunista después de Lenin.*)

La pseudo teoría del “socialismo en un solo país”, pieza clave de la ideología estalinista de justificación de la burocracia, se camufla como si se tratara de una “etapa” de la revolución proletaria. Por su parte, Trotsky no minimiza en absoluto la necesidad de defender a la URSS y de permitir su desarrollo, pero afirma que la única defensa consecuente de las conquistas pasa por su extensión en el mundo.

Por otra parte Trotsky constataba con el transcurso de los años las consecuencias de la NEP -recordemos que, según su propio promotor, Lenin, era un repliegue táctico a la espera de los procesos revolucionarios internacionales-, y propuso una reorganización: la realización de un plan audaz y cuidadosamente calculado de industrialización como una condición a toda política de colectivización agrícola, para lo cual propone una serie de incentivos. La “derecha”, con Bujarin, defiende la NEP con uñas y dientes, como algo con valor propio. Stalin, con el centro, se mantiene a la expectativa. Después de ser expulsado del partido con 1500 militantes, Trotsky es relegado a Almaty en el Asia Central Soviética, y después, en 1929, expulsado a Turquía.

En 1928, una grave crisis de suministro estalla en la URSS. Alarmados por la crisis, Stalin y la burocracia dan un brusco giro, retomando *a su manera* las propuestas de Trotsky. *“A su manera”* significa una liquidación brutal de la NEP, el compromiso de la colectivización por la fuerza y el terror, la puesta en marcha de un plan quinquenal de industrialización sometido a revisiones permanentes, arbitrarias, medidas todas que van a multiplicar las desproporciones inherentes a la aplicación burocrática de ese plan, en el contexto de una economía atrasada y separada del mercado mundial.

Stalin y el centro se defienden. Después de haber aplastado al ala izquierda, el ala revolucionaria e internacionalista del partido, se lanzarán contra el ala derecha que plantea

exigencias “capitalistas” de los nepmen y los kulaks. En este proceso se constituye lo que Trotsky llamará “la burocracia estalinista”.

Trotsky precisa: Stalin no nació burócrata reaccionario, fue un miembro del partido, era un revolucionario; no un dirigente de primer orden con un papel en la Revolución de Octubre, pero sí un cuadro central del partido muy comprometido en el tareas de organización, y de temperamento brutal.

Trotsky agrega: *“Sería ingenuo creer que Stalin apareció de repente entre bastidores y armado con un plan estratégico. No, antes de que él mismo vislumbraba su camino, la burocracia lo había elegido. Ofrecía todas las garantías: el prestigio del viejo bolchevique, un carácter cerrado, una mente estrecha, una relación indisoluble con los burós, única fuente de su influencia personal”*. (La revolución traicionada).

Stalin se convertirá en la bandera a la que se une burocracia, más tarde en su portavoz, después en el principal arquitecto de su marcha al control del estado y del partido, y, finalmente, en el jefe supremo de la burocracia una vez que ésta cristalice y haya *“expropiado políticamente el proletariado del poder”*.

Trotsky está en el exilio. Zinóviev y Kámenev excluidos tras haber capitulado de nuevo ante Stalin. Pronto llegará el turno para la derecha. El IV Congreso de la Internacional Comunista se reúne en 1928, cuatro años después del anterior, puesto que el grupo de Stalin temía convocarlo antes de estar seguro de tener el control. Este congreso está totalmente bloqueado por Bujarin, a quien Stalin utilizó contra Trotsky, y al que utiliza todavía una vez más al tiempo que se dispone a eliminarlo para efectuar el giro liquidador de la NEP.

Bujarin, para responder o a las exigencias de Stalin, girando de “izquierda” a “derecha” y otra vez a la “izquierda”, presenta el informe en el que explica que en 1927 se ha abierto un “tercer período” de la revolución, marcado por la amenaza de guerra contra la URSS; que todos los PC han de poner en el centro de su política la defensa de “la patria del socialismo”; acusa a la democracia de *“tender al fascismo”*, y al *“trotskismo”* de ser una agencia de esa socialdemocracia. En ese congreso, Manuilski —uno de los hombres de Stalin que más tarde asumirá la dirección de la Internacional Comunista— explica: *“El proceso de transformación de la socialdemocracia en socialfascismo ya ha comenzado”*.

Contra todas las enseñanzas de Lenin, contra todas las resoluciones de los diferentes congresos de la Internacional Comunista, la Internacional y los PC, con una *“retórica de izquierdas”*, se enfangan en una denuncia de la socialdemocracia que provoca la división de las filas obreras, especialmente en Alemania.

El PC alemán concentrará toda su artillería contra el SPD, *“socialfascista”*, impidiendo así la realización del frente único obrero para cerrar el camino al fascismo (ver *El Siglo XX en 20 capítulos*). Ante el ascenso del fascismo, Trotsky peleará sin tregua durante meses por el frente único del PC alemán y el SPD para cerrar el paso al fascismo. 1933: la política de la Internacional Comunista dirigida por Stalin es responsable de la victoria de Hitler. Trotsky escribe: *“El proletariado alemán se levantará, el estalinismo jamás”*. Y unas semanas más tarde, haciendo balance de ese nuevo fracaso de la revolución alemana, de la victoria del nazismo y de sus consecuencias mundiales, concluye: *“La III Internacional ha tenido su 4 de agosto”*. La referencia al 4 de agosto, fecha en que los dirigentes del SPD votan los créditos de guerra, no es fortuita. Lenin dijo de esa votación que significaba la quiebra de la II Internacional y, entendiendo todas las consecuencias de esta apreciación, emprendió la construcción de la III Internacional.

En este momento, Trotsky renunciará al trabajo de “recuperación” de la Internacional Comunista y de los PC, que desde hace años lleva adelante junto con sus partidarios, para pasar a emprender la construcción de la IV Internacional, ya que el estalinismo ha cruzado el Rubicón, se ha convertido en una fuerza contrarrevolucionaria.

La naturaleza de clase del estalinismo

“La afirmación de que la burocracia de un estado obrero tiene un carácter burgués debe parecer no sólo sorprendente, sino sencillamente absurda a las personas de espíritu formalista” —escribía Trotsky en *En defensa del marxismo*— *“(...) hasta la burocracia más revolucionaria representa hasta cierto punto un organismo burgués dentro del estado obrero. Naturalmente lo que tiene un*

sentido decisivo es el grado de ese carácter burgués y la tendencia general del desarrollo. Si el estado obrero se desburocratiza y se reduce progresivamente a la nada, el desarrollo va en el sentido del socialismo. Por el contrario, si la burocracia se hace cada vez más poderosa, autoritaria, privilegiada y conservadora, hay que concluir que las tendencias burguesas en el estado obrero se desarrollan en detrimento de las tendencias socialistas; en otras palabras, cuando la contradicción que existe hasta un grado determinado en un estado obrero desde los primeros días de su constitución no disminuye como exige la 'norma', sino que crece. No obstante, hasta entonces, en tanto que esta contradicción no haya trascendido el ámbito del reparto para entrar en el de la producción y no haya hecho explotar la propiedad nacionalizada y la economía planificada, el estado sigue siendo obrero".

Por ello, el marxismo lleva a considerar a la URSS como un **estado obrero burocráticamente degenerado**. Un estado en el que el proletariado sigue siendo la clase social dominante por la expropiación capitalista, pero ha sido expropiado del poder político por la burocracia. Trotsky refuta la idea de que la burocracia es una nueva clase social explotadora y la URSS un "capitalismo de estado". *"No se presenta como portadora de un nuevo sistema económico, que le sería propio y que sería imposible sin ella, sino como una excrescencia parasitaria en el cuerpo del estado obrero (...). No tiene un lugar independiente en el proceso de producción."* (*Defensa del Marxismo*). Pero no es una simple burocracia. *"No puede negarse que sea algo más que una simple burocracia. Es la única capa social privilegiada y dominante, en el sentido pleno del término, de la sociedad soviética"*. (Trotsky, *La revolución traicionada*).

Se trata de una **capa social** que está constituida sobre la base de la degeneración del estado obrero y a partir de los deshechos de las antiguas clases dominantes y del antiguo personal político dirigente.

"La gran mayoría de los burócratas de la generación actual estaban durante la Revolución de Octubre al otro lado de la barricada o, en el mejor de los casos, al margen de la lucha. Aquéllos de entre los burócratas de hoy que en los días de Octubre estaban con los bolcheviques no tenían, en su mayor parte, un papel mínimamente importante. En cuanto a los jóvenes burócratas, son formados y seleccionados por los viejos y a menudo entre su propia descendencia. Esos hombres no hicieron la Revolución de Octubre. Resultaron ser los mejor adaptados para explotarla". (*Ibidem*).

En 1936 se aprueba una nueva Constitución Soviética, que consagra el control del estalinismo. Hemos visto que, tras la persecución de los bolcheviques partidarios de la Oposición de Izquierda, el giro de 1928-1929 trajo consigo la represión contra la "derecha" favorable al mantenimiento de la NEP. Con las dificultades de la aplicación del segundo plan quinquenal en 1933, se decide una nueva depuración contra "los enemigos del pueblo, los saboteadores": 800 000 de los 3'5 millones de miembros del partido son eliminados. En diciembre de 1934, Kirov, dirigente del partido, delfín (eventual) de Stalin, es hallado muerto. Comienza en la URSS una era de terror, marcada por una ola de grandes procesos. Zinóviev, Kámenev, Bujarin, los antiguos compañeros de Lenin son detenidos y juzgados. Kámenev, por ejemplo, "confiesa" "haber sido partidario de la contrarrevolución", y no es el único. Son los "procesos de Moscú". 98 de los 139 miembros del comité central del PCUS de 1934 son ejecutados. La purga golpea particularmente a los viejos militantes bolcheviques: el 80% de los miembros del partido de 1920-1921 han desaparecido. También se purgará el Ejército Rojo, y el mariscal Tujachevski, combatiente de la guerra civil, es ejecutado. El gulag (los campos de trabajo) funciona a pleno rendimiento. En literatura, se prohíbe el arte "burgués" en beneficio del "realismo socialista".

Para caracterizar más claramente esta capa social, Trotsky utilizará el término "casta parasitaria". Casta, en referencia al sistema de castas "por el carácter cerrado, el despotismo y la altanería de la capa dirigente parasitaria". Parasitaria por carecer de raíz social en las relaciones de propiedad. *"El desvío de fondos y el robo de las principales riquezas por la burocracia no constituyen un sistema de explotación (...). Es precisamente la ausencia de relación de clases cristalizada, y la imposibilidad de la erección de éstos sobre el fundamento social de la Revolución de Octubre, lo que confiere a la máquina de estado un carácter tan convulsivo. Para que la burocracia pueda seguir con su expolio sistemático, sus aparatos están obligados a recurrir a sistemáticos actos de bandidismo"*.

Estas líneas de León Trotsky fueron plenamente confirmadas por el papel que las diferentes fracciones de la burocracia desempeñaron en el estallido de la URSS en 1988-1991, entregando el país al imperialismo y a la destrucción social. Lejos de constituirse en nueva clase dirigente, se han comportado como mafias "nomenklaturistas", esbirros del imperialismo.

Puesto que “*un tumor puede alcanzar unas dimensiones enormes y asfixiar incluso al organismo vivo, pero el tumor jamás podrá transformarse en organismo independiente*”, precisa Trotsky. Producto de la reacción burguesa imperialista (“*El imperialismo mundial representa la fuente de la opresión, funcionando la burocracia como mecanismo de transmisión*”, explica Trotsky en *Defensa del Marxismo*), la casta burocrática no podía, en aquella época, ir hasta el final en la liquidación de las relaciones de Octubre, a causa de la lucha de clases internacional y de la resistencia de esas relaciones de Octubre, expresión de la expropiación.

Y Trotsky explica: “*En tanto que fuerza política consciente la burocracia ha traicionado la revolución. Pero la revolución victoriosa no es solamente un programa, una bandera, un conjunto de instituciones políticas, es también un sistema de relaciones sociales. No basta con traicionarla, también hay que derrocarla*”. (*La Revolución traicionada*). Para Trotsky, la cuestión sigue abierta y sigue siendo un invite de la lucha de clases. A la pregunta: “*¿Hacia dónde va la URSS?*”, él responde: “*¿Acabará el funcionario por devorar al estado obrero, o la clase obrera reducirá al funcionario a la incapacidad para hacer daño? Ésa es la pregunta de la que depende el futuro de la URSS*”. (*Ibidem*).

Para Trotsky, la burocracia gestiona la URSS en esta contradicción. “*Pero de un modo tal que prepara el hundimiento del sistema y amenaza todas las conquistas de la revolución*”. (*Ibidem*).

La política contrarrevolucionaria a escala internacional durante decenios bloquea los procesos revolucionarios y va a contribuir a debilitar la URSS a escala mundial, a hacerla más dependiente respecto del imperialismo.

La “gestión” de la URSS en las condiciones establecidas por la casta parasitaria no podía sino llevar, de manera recurrente, a intentar aplica “reformas económicas” que introdujeran mecanismos de la economía de mercado en la economía soviética. La burocracia, torpedeando el sistema, conducirá a la explosión y al hundimiento de la URSS.

Frente popular y frente único obrero

En 1936, como reacción a la derrota sin combate infligida por la burocracia al proletariado alemán en 1933, se expresa una nueva oleada revolucionaria en la que las masas (conocedoras por la victoria del nazismo del peligro mortal de la división) presionan para que se haga la unidad. La revolución se expresa especialmente en Francia y en España. (Puede leerse un breve resumen de estos procesos en los capítulos X y XI del folleto *El siglo XX en 20 capítulos*).

En primera plana de *Pravda* (diario central soviético) de 17 de diciembre de 1936 podía leerse: “*Por lo que respecta a Cataluña, ya ha comenzado la depuración de trotskistas y anarquistas. Se llevará a cabo con la misma energía que en la URSS*”.

La burocracia reconocía a su manera, cínica y reaccionaria, la unidad mundial de la revolución y de la contrarrevolución, el lazo existente entre los “procesos de Moscú” (en los que, en ese año, dirigentes revolucionarios como Zinóviev, Kámenev y más tarde Bujarin, “reconocían” ser “contrarrevolucionarios”) y el asesinato, en España, de militantes de la lucha de clases opuestos a la alianza con la burguesía “democrática”.

Ante el empuje de las masas hacia la unidad y la oleada revolucionaria, el VII Congreso de la Internacional Comunista llama a la constitución de “frentes populares”.

En Francia, es la alianza del PCF y del PS con el partido burgués radical. En España, es el acuerdo con partidos pequeñoburgueses, la “*sombra de la burguesía*” (Trotsky). Pero, para la burocracia, hasta esta sombra era necesaria, justificando y materializando este hecho: el objetivo de los frentes populares no era la revolución, sino la “defensa de la democracia contra el fascismo”.

Frente al empuje de las masas hacia la unidad contra la burguesía, el “frente popular” utiliza fraudulentamente esa aspiración a la unidad para pervertirla en la alianza con la burguesía, protegiendo así al estado burgués.

En ambos países los dirigentes estalinistas se han levantado contra las masas (el famoso “*hay que saber terminar una huelga*” de Thorez) para proteger el régimen de la propiedad privada. Es bien conocido el resultado en Francia y en España: Pétain y Franco.

De todo ello, el programa de fundación de la IV Internacional extrae las lecciones: “*Usurpando la bandera de la Revolución de Octubre, el Komintern, mediante la política conciliadora de los ‘frentes populares’, condena a la clase obrera a la impotencia y allana el camino al fascismo. Los*

*‘frentes populares’ por un lado, el fascismo por otro, son los últimos recursos políticos del imperia-
lismo en la lucha contra la revolución proletaria”.*

A la alianza con la burguesía, los trotskistas opusieron la orientación de la Internacional Comunista de Lenin, es decir, la lucha por el frente único y el gobierno obrero. En Francia, esto se tradujo en la exigencia de romper con los radicales, y formar un gobierno “Blum-Cachin” (dirigentes respectivos del PS y del PCF).

Bajo diferentes formas según los países, pero con el mismo contenido, esta política de frente popular ha sido la del aparato estalinista contra la revolución. Se puede leer en el folleto nº5 cómo grupos revolucionarios, que sufrían la presión de la pseudo “unidad” llevada a cabo, tratarían de radicalizar esa misma política de colaboración de clase “a la izquierda”, bajo el nombre de “frente popular de combate”; ¡como si un instrumento de colaboración con la burguesía pudiera conducir a cuestionar el poder burgués!

El frente popular es la alianza de los partidos obreros con la burguesía para preservar la dominación de la burguesía, cuando ésta, debido al poderoso ascenso revolucionario, es incapaz de garantizar su propia dominación sin la cooperación de los partidos que cuentan con la confianza de las masas.

Bajo una forma particular en Francia, en 1945, tal es el contenido del gobierno de unión nacional para frenar la ola revolucionaria y reconstruir el estado burgués. Un gobierno del mismo tipo se instala en 1981 frente al ascenso de la lucha de clases contra la V República⁷.

La IV Internacional

Esta situación llevó, sobre la base del análisis marxista del paso de la III Internacional a la contrarrevolución, a fundar la IV Internacional en 1938.

El análisis marxista, cuya continuidad garantiza la IV Internacional, establece este diagnóstico: las condiciones de la revolución proletaria están reunidas y la acción de las masas en España y en Francia lo confirma. El sistema capitalista está agonizando. Su mantenimiento sólo se explica por la traición de los procesos revolucionarios por los aparatos traidores.

El *Programa de Transición* comienza así: *“La situación política mundial en su conjunto se caracteriza sobre todo por la crisis histórica de la dirección revolucionaria”.*

No se trata de una afirmación gratuita. Es en el fracaso de la II, y después de la III Internacional, acarreado las derrotas de la revolución, el aislamiento de la Rusia Soviética y, finalmente, la degeneración de la URSS, donde residen las razones del mantenimiento del sistema capitalista.

La IV Internacional se considera heredera de la tradición revolucionaria de la I, II y III Internacional. Como tal, considera que todavía estamos en *“la época de las guerras y las revoluciones”*; que el capital ya no tiene otro futuro (*“las fuerzas productivas han dejado de crecer”*) que arrastrar a la humanidad a la barbarie; que, para evitarlo, la única salida está en el eje fundamental que permitió construir las tres primeras Internacionales y sobre el que también se dislocaron éstas: la toma del poder político por el proletariado, es decir, como hemos visto, la democracia obrera de la República de los Consejos Obreros.

Esto distingue a la IV Internacional de las demás corrientes, incluyendo aquéllas que, como la LCR y el Secretariado Unificado, se reclaman fraudulentamente del programa de IV Internacional que abandonaron hace mucho tiempo.

Es significativo también que la LCR, en el largo proceso que la llevó a fundar la NPA, renunciara oficialmente a la perspectiva de la dictadura del proletariado, al considerar que *“el ciclo abierto por Octubre de 1917 está cerrado”.* (Véase el folleto nº 5).

La IV Internacional afirma, con Marx: “mientras el capitalismo siga siendo el capitalismo”, el objetivo de la lucha de clases tiene no es mejorar el capital, sino derrocarlo.

7.- Aquí no podemos profundizar más en el desarrollo de la política de la burocracia después de los acuerdos de Yalta, la muerte de Stalin y sus consecuencias en la URSS, los procesos de revolución política en Berlín en 1953, en Hungría en 1956, en Polonia, etc. Para ello remitimos a la lectura del folleto *El siglo XX en 20 capítulos*.

Ayudar a la clase obrera a conseguir por si misma su propia emancipación, en lugar de erigir obstáculos en ese camino, exige un partido revolucionario, una Internacional, es decir, la continuidad del combate secular del movimiento obrero desde el *Manifiesto del Partido Comunista* de 1848. En la época del imperialismo, esta lucha se expresa como la continuidad del bolchevismo, que llevó a la victoria de la primera revolución proletaria en 1917.

Este será el tema de análisis del folleto nº 4.

Anexo: Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores

Aprobado el 28 de septiembre de 1864

(traducción al español : <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/1864fait.htm>)

Trabajadores,

Es un hecho notabilísimo el que la miseria de las masas trabajadoras no haya disminuido desde 1848 hasta 1864, y, sin embargo, este período ofrece un desarrollo incomparable de la industria y el comercio. En 1850, un órgano moderado de la burguesía británica, bastante bien informado, pronosticaba que si la exportación y la importación de Inglaterra ascendían a un 50 por 100, el pauperismo descendería a cero. Pero, ¡ay! el 7 de abril de 1864, el canciller del Tesoro cautivaba a su auditorio parlamentario, anunciándole que el comercio de importación y exportación había ascendido en el año de 1863 “a 443.955.000 libras esterlinas, cantidad sorprendente, casi tres veces mayor que el comercio de la época, relativamente reciente, de 1843”. Al mismo tiempo, hablaba elocuentemente de la “miseria”. “Pensad —exclamaba— en los que viven al borde de la miseria”, en los “salarios... que no han aumentado”, en la “vida humana... que de diez casos, en nueve no es otra cosa que una lucha por la existencia”. No dijo nada del pueblo irlandés, que en el Norte de su país es remplazado gradualmente por las máquinas, y en el Sur, por los pastizales para ovejas. Y aunque las mismas ovejas disminuyen en este desgraciado país, lo hacen con menos rapidez que los hombres. Tampoco repitió lo que acababan de descubrir en un acceso súbito de terror los más altos representantes de los “diez mil de arriba”. Cuando el pánico producido por los “estranguladores” adquirió grandes proporciones, la Cámara de los Lores ordenó que se hiciera una investigación y se publicara un informe sobre los penales y lugares de deportación. La verdad salió a relucir en el voluminoso Libro Azul de 1863, demostrándose con hechos y guarismos oficiales que los peores criminales condenados, los presidiarios de Inglaterra y Escocia, trabajaban mucho menos y estaban mejor alimentados que los trabajadores agrícolas de esos mismos países. Pero no es eso todo. Cuando a consecuencia de la guerra civil de Norteamérica, quedaron en la calle los obreros de los condados de Lancaster y de Chester, la misma Cámara de los Lores envió un médico a los distritos industriales, encargándole que averiguase la cantidad mínima de carbono y de nitrógeno, administrable bajo la forma más corriente y menos cara, que pudiese bastar por término medio “para prevenir las enfermedades ocasionadas por el hambre”. El Dr. Smith, médico delegado, averiguó que 28.000 gramos de carbono y 1.330 gramos de nitrógeno semanales eran necesarios, por término medio, para conservar la vida de una persona adulta... en el nivel mínimo, bajo el cual comienzan las enfermedades provocadas por el hambre. Y descubrió también que esta cantidad no distaba mucho del escaso alimento a que la extremada miseria acababa de reducir a los trabajadores de las fábricas de tejidos de algodón. Pero escuchad aún: Algo después, el docto médico en cuestión fue comisionado nuevamente por el Consejero Médico del Consejo Privado, para hacer un informe sobre la alimentación de las clases trabajadoras más pobres. El “Sexto Informe sobre la Sanidad Pública”, dado a la luz en este mismo año por orden del parlamento, contiene el resultado de sus investigaciones. ¿Qué ha descubierto el doctor? Que los tejedores en seda, las costureras, los guanteros, los tejedores de medias, etc., no recibían, por lo general, ni la miserable comida de los trabajadores en paro

forzoso de la fábrica de tejidos de algodón, ni siquiera la cantidad de carbono y nitrógeno “suficientes para prevenir las enfermedades ocasionadas por el hambre”.

“Además, —citamos textualmente el informe— *el examen del estado de las familias agrícolas ha demostrado que más de la quinta parte de ellas se hallan reducidas a una cantidad de alimentos carbonados inferior a la considerada suficiente, y más de la tercera parte a una cantidad menos que suficiente de alimentos nitrogenados; y que en tres condados (Berks, Oxford y Somerset), el régimen alimenticio se caracteriza, en general, por su insuficiente contenido en alimentos nitrogenados*”. “No debe olvidarse —añade el dictamen oficial— *que la privación de alimento no se soporta sino de muy mala gana, y que, por regla general, la falta de alimento suficiente no llega jamás sino después de muchas otras privaciones... La limpieza misma es considerada como una cosa cara y difícil, y cuando el sentimiento de la propia dignidad impone esfuerzos por mantenerla, cada esfuerzo de esta especie tiene que pagarse necesariamente con un aumento de las torturas del hambre*”. “Estas reflexiones son tanto más dolorosas, cuanto que no se trata aquí de la miseria merecida por la pereza, sino en todos los casos de la miseria de una población trabajadora. En realidad, el trabajo por el que se obtiene tan escaso alimento es, en la mayoría de los casos, un trabajo excesivamente prolongado”.

El dictamen descubre el siguiente hecho extraño, y hasta inesperado: “De todas las regiones del Reino Unido”, es decir, Inglaterra, el País de Gales, Escocia e Irlanda, “la población agrícola de Inglaterra”, precisamente la de la parte más opulenta, “es evidentemente la peor alimentada”; pero hasta los labradores de los condados de Berks, Oxford y Somerset están mejor alimentados que la mayor parte de los obreros calificados que trabajan a domicilio en el Este de Londres.

Tales son los datos oficiales publicados por orden del parlamento en 1864, en el siglo de oro del librecambio, en el momento mismo en que el canciller del Tesoro decía a la Cámara de los Comunes que

“la condición de los obreros ingleses ha mejorado, por término medio, de una manera tan extraordinaria, que no conocemos ejemplo semejante en la historia de ningún país ni de ninguna edad”.

Estas exaltaciones oficiales contrastan con la fría observación del dictamen oficial de la Sanidad Pública:

“La salud pública de un país significa la salud de sus masas, y es casi imposible que las masas estén sanas si no disfrutan, hasta lo más bajo de la escala social, por lo menos de un bienestar mínimo”.

Deslumbrado por los guarismos de las estadísticas, que bailan ante sus ojos demostrando el “progreso de la nación”, el canciller del Tesoro exclama con acento de verdadero éxtasis:

“Desde 1842 hasta 1852, la renta imponible del país aumentó en un 6%; en ocho años, de 1853 a 1861, aumentó ¡en un veinte por ciento! Este es un hecho tan sorprendente, que casi es increíble... Tan embriagador aumento de riqueza y de poder —añade Mr. Gladstone— se halla restringido exclusivamente a las clases poseedoras”.

Si queréis saber en qué condiciones de salud perdida, de moral vilipendiada y de ruina intelectual ha sido producido y se está produciendo por las clases laboriosas ese “embriagador aumento de riqueza y de poder, restringido exclusivamente a las clases poseedoras”, examinad la descripción que se hace en el último “Informe sobre la Sanidad Pública” referente a los talleres de sastres, impresores y modistas. Comparad el “Informe de la Comisión para examinar el trabajo de los niños”, publicado en 1863 y donde se prueba, entre otras cosas, que

“los alfareros, hombres y mujeres, constituyen un grupo de la población muy degenerado, tanto desde el punto de vista físico como desde el punto de vista intelectual”; que “los niños enfermos llegan a ser, a su vez, padres enfermos”; que “la degeneración progresiva de la raza es inevitable” y que “la degeneración de la población del condado de Stafford habría sido mucho mayor si no fuera por la continua inmigración procedente de las regiones vecinas y por los matrimonios mixtos con capas de la población más robustas”.

¡Echad una ojeada en el Libro Azul al informe del señor Tremeneheere, sobre las “Quejas de los oficiales panaderos”! Y quién no se ha estremecido al leer la paradójica declaración de los inspectores de fábrica, ilustrada por los datos demográficos oficiales, según la cual la salud pública de los obreros de Lancaster ha mejorado considerablemente, a pesar de hallarse reducidos a la ración de hambre, porque la falta de algodón los ha echado temporalmente de las fábricas; y que la mortalidad de los niños ha disminuido, porque al fin pueden las madres darles el pecho en vez del cordial⁸ de Godfrey.

8.- Jarabe para niños a base de opiáceos. Fue una de las causas de aumento de la mortalidad infantil en la Inglaterra de la revolución industrial.

Pero volvamos una vez más la medalla. Por el informe sobre el impuesto de las Rentas y Propiedades presentado a la Cámara de los Comunes el 20 de julio de 1864, vemos que del 5 de abril de 1862 al 5 de abril de 1863, 13 personas han engrosado las filas de aquellos cuyas rentas anuales están evaluadas por el cobrador de las contribuciones en 50.000 libras esterlinas y más, pues su número subió en ese año de 67 a 80. El mismo informe descubre el hecho curioso de que unas 3.000 personas se reparten entre sí una renta anual de 25.000.000 de libras esterlinas, es decir, más de la suma total de ingresos distribuida anualmente entre toda la población agrícola de Inglaterra y del País de Gales. Abrid el registro del censo de 1861 y hallaréis que el número de los propietarios territoriales de sexo masculino en Inglaterra y en el País de Gales se ha reducido de 16.934 en 1851, a 15.066 en 1861, es decir, la concentración de la propiedad territorial ha crecido en diez años en un 11%. Si en Inglaterra la concentración de la propiedad territorial sigue progresando al mismo ritmo, la cuestión territorial se habrá simplificado notablemente, como lo estaba en el Imperio Romano, cuando Nerón se sonrió al saber que la mitad de la provincia de África pertenecía a seis personas.

Hemos insistido tanto en estos *“hechos, tan sorprendentes, que son casi increíbles”*, porque Inglaterra está a la cabeza de la Europa comercial e industrial. Acordaos de que hace pocos meses uno de los hijos refugiados de Luis Felipe felicitaba públicamente al trabajador agrícola inglés por la superioridad de su suerte sobre la menos próspera de sus camaradas de allende el Estrecho. Y en verdad, si tenemos en cuenta la diferencia de las circunstancias locales, vemos los hechos ingleses reproducirse, en escala algo menor, en todos los países industriales y progresivos del continente. Desde 1848 ha tenido lugar en estos países un desarrollo inaudito de la industria y una expansión ni siquiera soñada de las exportaciones y de las importaciones. En todos ellos *“el aumento de la riqueza y el poder, restringido exclusivamente a las clases poseedoras”* ha sido en realidad *“embriagador”*. En todos ellos, lo mismo que en Inglaterra, una pequeña minoría de la clase trabajadora ha obtenido cierto aumento de su salario real; pero para la mayoría de los trabajadores, el aumento nominal de los salarios no representa un aumento real del bienestar, ni más ni menos que el aumento del coste del mantenimiento de los internados en el asilo para pobres o en el orfanato de Londres, desde 7 libras, 7 chelines y 4 peniques que costaba en 1852, a 9 libras, 15 chelines y 8 peniques en 1861, no les beneficia en nada a esos internados. Por todas partes, la gran masa de las clases laboriosas descendía cada vez más bajo, en la misma proporción, por lo menos, en que los que están por encima de ella subían más alto en la escala social. En todos los países de Europa —y esto ha llegado a ser actualmente una verdad incontestable para todo entendimiento no enturbiado por los prejuicios y negada tan sólo por aquellos cuyo interés consiste en adormecer a los demás con falsas esperanzas—, ni el perfeccionamiento de las máquinas, ni la aplicación de la ciencia a la producción, ni el mejoramiento de los medios de comunicación, ni las nuevas colonias, ni la emigración, ni la creación de nuevos mercados, ni el libre cambio, ni todas estas cosas juntas están en condiciones de suprimir la miseria de las clases laboriosas; al contrario, mientras exista la base falsa de hoy, cada nuevo desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo ahondará necesariamente los contrastes sociales y agudizará más cada día los antagonismos sociales. Durante esta embriagadora época de progreso económico, la muerte por inanición se ha elevado a la categoría de una institución en la capital del Imperio británico. Esta época está marcada en los anales del mundo por la repetición cada vez más frecuente, por la extensión cada vez mayor y por los efectos cada vez más mortíferos de esa plaga de la sociedad que se llama crisis comercial e industrial.

Después del fracaso de las revoluciones de 1848, todas las organizaciones del partido y todos los periódicos de partido de las clases trabajadoras fueron destruidos en el continente por la fuerza bruta. Los más avanzados de entre los hijos del trabajo huyeron desesperados a la república de allende el océano, y los sueños efímeros de emancipación se desvanecieron ante una época de fiebre industrial, de marasmo moral y de reacción política. Debido en parte a la diplomacia del Gobierno inglés, que obraba con el gabinete de San Petersburgo, la derrota de la clase obrera continental esparció bien pronto sus contagiosos efectos a este lado del Estrecho. Mientras la derrota de sus hermanos del continente llevó el abatimiento a las filas de la clase obrera inglesa y quebrantó su fe en la propia causa, devolvió al señor de la tierra y al señor del dinero la confianza un tanto quebrantada. Estos retiraron insolentemente las concesiones que habían anunciado con tanto alarde. El descubrimiento de nuevos terrenos auríferos produjo una inmensa emigración y un vacío irreparable en las

filas del proletariado de la Gran Bretaña. Otros, los más activos hasta entonces, fueron seducidos por el halago temporal de un trabajo más abundante y de salarios más elevados, y se convirtieron así en “*esquiroles políticos*”. Todos los intentos de mantener o reorganizar el movimiento cartista fracasaron completamente. Los órganos de prensa de la clase obrera fueron muriendo uno tras otro por la apatía de las masas, y, de hecho, jamás el obrero inglés había parecido aceptar tan enteramente un estado de nulidad política. Así pues, si no había habido solidaridad de acción entre la clase obrera de la Gran Bretaña y la del continente, había en todo caso solidaridad de derrota.

Sin embargo, este período transcurrido desde las revoluciones de 1848 ha tenido también sus compensaciones. No indicaremos aquí más que dos hechos importantes.

Después de una lucha de treinta años, sostenida con una tenacidad admirable, la clase obrera inglesa, aprovechándose de una disidencia momentánea entre los señores de la tierra y los señores del dinero, consiguió arrancar la ley de la jornada de diez horas. Las inmensas ventajas físicas, morales e intelectuales que esta ley proporcionó a los obreros fabriles, señaladas en las memorias semestrales de los inspectores del trabajo, son ahora reconocidas en todas partes. La mayoría de los gobiernos continentales tuvo que aceptar la ley inglesa del trabajo bajo una forma más o menos modificada; y el mismo parlamento inglés se ve obligado cada año a ampliar la esfera de acción de esta ley. Pero al lado de su significación práctica, había otros aspectos que realzaban el maravilloso triunfo de esta medida para los obreros. Por medio de sus sabios más conocidos, tales como el doctor Ure, profesor Senior y otros filósofos de esta calaña, la burguesía había predicho, y demostrado hasta la saciedad, que toda limitación legal de la jornada de trabajo sería doblar a muerto por la industria inglesa, que, semejante al vampiro, no podía vivir más que chupando sangre, y, además, sangre de niños. En tiempos antiguos, el asesinato de un niño era un rito misterioso de la religión de Moloc, pero se practicaba sólo en ocasiones solemnísimas, una vez al año quizá, y, por otra parte, Moloc no tenía inclinación exclusiva por los hijos de los pobres. Esta lucha por la limitación legal de la jornada de trabajo se hizo aún más furiosa, porque —dejando a un lado la avaricia alarmada— de lo que se trataba era de decidir la gran disputa entre la dominación ciega ejercida por las leyes de la oferta y la demanda, contenido de la Economía política burguesa, y la producción social controlada por la previsión social, contenido de la Economía política de la clase obrera. Por eso, la ley de la jornada de diez horas no fue tan sólo un gran triunfo práctico, fue también el triunfo de un principio; por primera vez la Economía política de la burguesía había sido derrotada en pleno día por la Economía política de la clase obrera.

Pero estaba reservado a la Economía política del trabajo el alcanzar un triunfo más completo todavía sobre la Economía política de la propiedad. Nos referimos al movimiento cooperativo, y, sobre todo, a las fábricas cooperativas creadas, sin apoyo alguno, por la iniciativa de algunas “manos” (“hands”) audaces. Es imposible exagerar la importancia de estos grandes experimentos sociales que han mostrado con hechos, no con simples argumentos, que la producción en gran escala y al nivel de las exigencias de la ciencia moderna, puede prescindir de la clase de los patronos, que utiliza el trabajo de la clase de las “manos”; han mostrado también que no es necesario a la producción que los instrumentos de trabajo estén monopolizados como instrumentos de dominación y de explotación contra el trabajador mismo; y han mostrado, por fin, que lo mismo que el trabajo esclavo, lo mismo que el trabajo siervo, el trabajo asalariado no es sino una forma transitoria inferior, destinada a desaparecer ante el trabajo asociado que cumple su tarea con gusto, entusiasmo y alegría. Roberto Owen fue quien sembró en Inglaterra las semillas del sistema cooperativo; los experimentos realizados por los obreros en el continente no fueron de hecho más que las consecuencias prácticas de las teorías, no descubiertas, sino proclamadas en voz alta en 1848.

Al mismo tiempo, la experiencia del período comprendido entre 1848 y 1864 ha probado hasta la evidencia que, por excelente que sea en principio, por útil que se muestre en la práctica, el trabajo cooperativo, limitado estrechamente a los esfuerzos accidentales y particulares de los obreros, no podrá detener jamás el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, ni emancipar a las masas, ni aliviar siquiera un poco la carga de sus miserias. Este es, quizá, el verdadero motivo que ha decidido a algunos aristócratas bien intencionados, a filantrópicos charlatanes burgueses y hasta a economistas agudos, a colmar de repente de elogios nauseabundos al sistema cooperativo, que en vano habían tratado de

sofocar en germen, ridiculizándolo como una utopía de soñadores o estigmatizándolo como un sacrilegio socialista. Para emancipar a las masas trabajadoras, la cooperación debe alcanzar un desarrollo nacional y, por consecuencia, ser fomentada por medios nacionales. Pero los señores de la tierra y los señores del capital se valdrán siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos. Muy lejos de contribuir a la emancipación del trabajo, continuarán oponiéndole todos los obstáculos posibles. Recuérdense las burlas con que lord Palmerston trató de silenciar en la última sesión del parlamento a los defensores del proyecto de ley sobre los derechos de los colonos irlandeses. “¡La Cámara de los Comunes –exclamó– es una Cámara de propietarios territoriales!”.

La conquista del poder político ha venido a ser, por lo tanto, el gran deber de la clase obrera. Así parece haberlo comprendido ésta, pues en Inglaterra, en Alemania, en Italia y en Francia, se han visto renacer simultáneamente estas aspiraciones y se han hecho esfuerzos simultáneos para reorganizar políticamente el partido de los obreros.

La clase obrera posee ya un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber. La experiencia del pasado nos enseña cómo el olvido de los lazos fraternales que deben existir entre los trabajadores de los diferentes países y que deben incitarles a sostenerse unos a otros en todas sus luchas por la emancipación, es castigado con la derrota común de sus esfuerzos aislados. Guiados por este pensamiento, los trabajadores de los diferentes países, que se reunieron en un mitin público en Saint Martin's Hall el 28 de septiembre de 1864, han resuelto fundar la Asociación Internacional.

Otra convicción ha inspirado también este mitin.

Si la emancipación de la clase obrera exige su fraternal unión y colaboración, ¿cómo van a poder cumplir esta gran misión con una política exterior que persigue designios criminales, que pone en juego prejuicios nacionales y dilapida en guerras de piratería la sangre y las riquezas del pueblo? No ha sido la prudencia de las clases dominantes, sino la heroica resistencia de la clase obrera de Inglaterra a la criminal locura de aquéllas, la que ha evitado a la Europa Occidental el verse precipitada a una infame cruzada para perpetuar y propagar la esclavitud allende el océano Atlántico. La aprobación impúdica, la falsa simpatía o la indiferencia idiota con que las clases superiores de Europa han visto a Rusia apoderarse del baluarte montañoso del Cáucaso y asesinar a la heroica Polonia; las inmensas usurpaciones realizadas sin obstáculo por esa potencia bárbara, cuya cabeza está en San Petersburgo y cuya mano se encuentra en todos los gabinetes de Europa, han enseñado a los trabajadores el deber de iniciarse en los misterios de la política internacional, de vigilar la actividad diplomática de sus gobiernos respectivos, de combatirla, en caso necesario, por todos los medios de que dispongan; y cuando no se pueda impedir, unirse para lanzar una protesta común y reivindicar que las sencillas leyes de la moral y de la justicia, que deben presidir las relaciones entre los individuos, sean las leyes supremas de las relaciones entre las naciones.

La lucha por una política exterior de este género forma parte de la lucha general por la emancipación de la clase obrera.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Referencias bibliográficas:

- *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*
- Karl Marx y Friedrich Engels: *Manifiesto del Partido Comunista*
- Karl Marx: *La lucha de clases en Francia (1848-1850)*
- *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*
- *La guerra civil de Francia (1871)*
- Lenin: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*
- *El Estado y la revolución*
- León Trotsky: *La Internacional Comunista después de Lenin*
- *La Revolución traicionada*
- *Programa de Transición*

Partido Obrero Socialista Internacionalista (POSI)
(sección española de la IV Internacional)

inforposi@gmail.com

<http://www.posicuarta.org>

Teléfono: 915222356 - Fax: 915217201

